



MEMORIA DE SESIÓN PLENARIA

3 de agosto de 2018

ÍNDICE

BLOQUE I Presentación personal mediante un texto.....	1
Ricardo	2
Ben	2
Omar	2
Lupita	3
Ulises.....	4
Autorretrato de José Luis Serafín Díaz.....	5
Fragmento autobiográfico.....	6
Autobiografía	6
Participación especial en la sesión plenaria	8
BLOQUE II Cómo alimentar a las musas: Historias con zapatos	9
Gracias por estos zapatos de futbol.....	10
Zapatos.....	11
Mis zapatos	12
Zapatos.....	12
BLOQUE III La fuerza de una palabra	13
Chocolate	14
BLOQUE IV Los objetos fuentes de inspiración	15
Guitarra	16
Muros florecientes	16
El vaso	17
BLOQUE V Textos narrativos: ¿Quién tiene miedo?	18
Relato (Fragmento).....	19
Olor a mar	20
En un instante	21
Soledad	22
Viaje por la carretera.....	23
Relato de un viaje.....	23

Caperucita (versión del leñador).....	24
BLOQUE VI La riqueza del detalle: Instructivos	25
Cómo amar a tu país.....	26
Instrucciones para escuchar una buena canción	26
Instrucciones para manejar un auto automático	27
Cómo escoger tu ropa	28
BLOQUE VII <u>Ensayos</u>	29
El gran concierto en el cielo	30
Participación en el XI Encuentro de Escritores Jóvenes50° Feria del Libro de Aguascalientes.....	32
La soga y la pala	33
Proyecto #72	34
Antología de textos: Los monstruos en todas sus posibilidades literarias.....	36
Miedo de un monstruo.....	37
Rosas envenenadas	37
Aléjate de mí.....	38
Conocí a un monstruo	39
¿Y dónde estoy?.....	40
¿Quiénes son los monstruos?	41
Los locos son ellos	42
La rondadora.....	43
El monstruo que más odiamos.....	45
Una muerte, una vida, pero yo tengo dos de cada una	46
¿Por qué no estás enojado?	47
Soberano de una promesa	48
Speculum	50
El sujeto 579.....	52
El monstruo del bosque.....	54
Corazón de monstruo	55

BLOQUE I

Presentación personal mediante un texto



Ricardo

¿Qué sería el mundo sin personas?, hoy vengo a describir a una de ellas...

Por las noches, la curiosidad, la tranquilidad, la música, el vino, los videojuegos y las series lo llenan de energía y pasión para trabajar y esforzarse cada día por un futuro prometedor. En el día, mientras camina, sueña sin estar dormido, mirando la belleza de las cosas, en especial el tono del silencio de la naturaleza.

Cuando existe la oportunidad de hacer las cosas diferentes, toma nuevos caminos, piensa que la vida es como una gran enciclopedia: con cada cosa que pruebas se desbloquea un capítulo más. Cada paso que da hacia el frente es para superar obstáculos y obtener satisfacción de ello. Ama el orden porque, así como ladrillos bien apilados crean una edificación muy fuerte, de igual forma se edifica la vida.

Su ideal es mejorar cada día aprendiendo de sus errores y corrigiéndolos para llegar a la paz interior.

Ricardo López Ibarra

Ben

¿Yo? ¿Quién soy yo? Este joven callado de tez morena y con el cuerpo marcado de cicatrices, este a quien sus amigos conocen como “Negro”, que ataca el aro y defiende la portería.

Soy nacido hidrocálido pero con pasión lagunera, amante del sazón de la abuela y dedicado a las tareas del campo. Soy este joven con el corazón en su familia y los amigos. Este único y peculiar, soy yo.

Ángel Benjamín Medina García

Omar

Nací en una madrugada, un 10 de mayo, día bastante peculiar porque se festeja también a las madres. Mi madre siempre ha dicho que mi nacimiento fue un gran regalo para ella. Además, esa misma madrugada se presentaba el cierre de un evento relevante del estado llamado Feria Nacional de San Marcos. Así que al nacer despedí la Feria del año de 1999.



Mi infancia fue asombrosa, principalmente porque pasé buenos momentos con mis primos en casa de mis abuelos, o en el rancho, jugando a las escondidas, con la pelota o creando nuevos juegos. Y al igual que hay recuerdos buenos también hay recuerdos malos. Algunos de estos se marcaron con cicatrices en mi cuerpo y según lo que recuerdo yo, en mi rostro, pero sin ningún hueso roto. Una de las inolvidables fue la que me ocasioné en el terreno de mis abuelos y sucedió que estaba bajando una pendiente pronunciada de piedras, me tropecé y me abrí la frente, entonces me tuvieron que llevar al hospital.

De niño quería ser igual que mi hermano mayor, aunque él es bastante diferente a mí en su forma de actuar: era y es mi ejemplo a seguir.

Me gustaría resaltar los momentos en los que voy al campo con mi familia y despejo mi mente, me desconecto del mundo; esto lo aprendí de mi abuelo, de sus buenas costumbres y enseñanzas.

En el último tiempo realicé bastantes cambios radicales en mi vida. En la universidad tengo que ejercer mayor madurez y tomar decisiones muy importantes, y esto hace que necesite adquirir más conocimientos y obtener más experiencia en el aspecto laboral, principalmente. Debo actualizarme día a día para ser mejor estudiante y trabajador, y así crear un libro de vida lleno de anécdotas, sabiduría y alegría.

Omar Daniel Romo López

Lupita

Nací en Calvillo, Aguascalientes, el 13 de enero de 1999.

Tengo tres hermanos mayores: María del Socorro, Margarita y Fernando, y mi hermana menor, Fátima Karola. Mi familia desde el principio tuvo problemas económicos ya que mi padre nunca quiso salir adelante por su familia; mi madre al ver esa problemática se puso a trabajar aunque él no estuviera de acuerdo con eso.

Había veces en las que, aunque yo quería salir, no lo hacía cuando se requería el dinero, pues no me gustaba pedirle a mi mamá, así que todas mis aventuras las viví a lado de mis hermanos. Nos encantaba jugar a las escondidas con nuestros vecinos y bajar por la calle en los carros que tenía mi hermano. A mi hermano le encantaba girar el volante cuando ya casi habíamos llegado y esto ocasionaba que nos volteáramos y cayéramos; me enojaba con él, pero siempre volvíamos a jugar porque esa eran nuestras grandes aventuras.

Cuando tenía 8 años, mi madre nos dijo que estaba embarazada. Yo estaba más que feliz pues al ser la cuarta hija y la más chica, nunca había llegado a cuidar de alguien.



Poco antes de que mi mamá nos diera la noticia yo estaba viendo una fotografía de cuando mi hermana mayor era bebé y le pedí a Dios que me diera una hermanita para poder cuidar, y así mi deseo se cumplió.

Desde que nació mi hermanita hasta el día de hoy la he cuidado como lo dije, la defiando, la quiero demasiado y siempre la protegeré.

Aunque nuestra infancia no fue fácil, no cambiaría a mi familia por nada ni por nadie; no cambiaría ni los juegos ni las peleas. No cambiaría los conflictos que tuve con mi segunda hermana; ahora, el recordarlo, me provoca una gran sonrisa. A veces siento que le hago gastar demasiado a mi familia por la universidad, ya que hay que pagar renta, colegiatura y alimentación de la semana; por eso no me rendiré y todos los días trataré de salir adelante para, en un futuro, corresponderle a mi familia todo lo que me ha dado.

María Guadalupe Martínez Gutiérrez

Ulises

Este soy yo. Un chico alto, por lo menos lo suficiente como para alcanzar la cortina del negocio de mis padres. Con tantos sueños por cumplir, viajes por realizar para ver paisajes y obtener más experiencias de las que ahora tengo.

Tengo amigos que nunca imaginé que iba a tener, que son tan fieles a mí como yo a ellos. Soy ágil, tanto como para huir de los problemas innecesarios, pero si un problema se debe de arreglar de frente lo arreglaré.

Siempre me ha sorprendido la belleza de algunas cosas, como una luna llena en una noche despejada y llena de estrellas, el sonido de la lluvia que me relaja o algún paisaje que es digno de admirarse. Esas cosas son las que me llenan de inspiración, motivación y alivio.

No soy exigente con los alimentos, pero si me dieran a escoger un platillo, sin duda escogería un pastel de carne o camarones a la diablo. Soy aficionado a practicar y ver deportes, enfocado a la diversión y no a la competición.

No diré que eso es todo lo que soy porque sin duda para describirme tendría que acabar todo el cuaderno del escritor y además sé que todavía me falta mucho más por vivir: de eso estoy seguro.

Ulises Jared Pérez Andrade



Autorretrato de José Luis Serafín Díaz

Pequeño y regordete, casi siempre sonriente. Hijo de un orgulloso ferrocarrilero de incansable fortaleza y de una comprensiva madre de incondicional apoyo; hermano de ocho, padre de tres y esposo de una sola. Todos ellos, motivo de lo que soy y mis pilares; todos, dueños de mis actos y mis sentimientos.

De infancia plena y feliz, carente de lujos comunes, aunque en su lugar, llena hasta el borde de maravillosas experiencias e invaluable ejemplos de trabajo, de honestidad, de amistad, de solidaridad, de fe, y de tantas otras cosas de mayor valía que cualquier objeto material. Los lujos en mi infancia no fueron costosos juguetes ni pelotas brillantes por falta de uso; ya no se diga ropa o zapatos nuevos de vez en vez; en su lugar, yo tuve mejores cosas, la mayoría gratis y en suficiente cantidad para compartir. Los lujos de mi infancia fueron: calles sin pavimento y las lluvias que las inundaban; vías del ferrocarril y carros de tren que en estas descansaban; grandes espacios verdes y mariposas, abejas y flores que les adornaban; lagartijas, chapulines, mayates y arañas que hacían rol de mascotas desechables; un taller de carrocerías con todas sus herramientas y un tío, “Esteban”, que nos permitía jugar en el taller, cual si fuera nuestro; pelotas de futbol, trompos, yoyos, canicas y resorteras; palos de escoba, pelotas de esponja y cuerdas; juegos sin reglas y reglas de juego para romperlas; tantos lujos de los cuales, sin la menor duda, el más importante fue el de poder compartir todo con mis hermanos, primos y amigos, considerados parte de una misma familia y quienes ayudaron a dar alma a los juegos de infancia.

Mi juventud, no mucho por contar; la amistad siguió, la austeridad cada vez menor pero aún presente en muchos momentos, cumpliendo su función de enseñarme a apreciar y valorar el trabajo, sacrificio y esfuerzo por encima de logros regalados y sin merecimiento.

Actualmente, docente por ejemplo de mis maestros, por vocación y por convicción; hijo, padre y esposo, por bendición; inmerso en el deseo de hacer las cosas bien y de saldar las deudas con mis padres; cuidadoso de que con el pretexto de educar a mis hijos, no abone demasiadas tristezas a sus recuerdos; orgulloso de quien soy pero consciente de que puedo ser mucho mejor persona.

Al día de hoy me siento agradecido con Dios y con la vida por lo que me da; y deseoso de que lo que soy y lo que hago pueda inspirar a otros como en su momento me inspiraron mis maestros, mi familia y mis amigos.

Maestro José Luis Serafín Díaz



Fragmento autobiográfico

Frente a ella, al mirar sus ojos pizpiretos, sus labios pequeños, su cuerpo con huellas de maternidad vivida y cansancio por las labores de atención constante a sus tres hijos, a sus tres nietos y a mí, me siento bendecido por Dios.

Sus hijos que son los míos, a quienes no he descuidado en ningún momento, a quienes he orientado, a quienes apoyé y ofrecí buenos ejemplos... por cierto, me admiran y respetan; hasta imitan mi forma de andar y me acompañan en momentos difíciles -sobre todo en mis crisis de ácido úrico- las cuales me han impedido movilidad para ser constante con el trote, deporte de mi preferencia. Aunque... si lo pienso bien, en algo he desatendido a mi familia en el binomio hogar-trabajo; y no guardo arrepentimiento al poner en la balanza las diez certificaciones de calidad impulsadas con mi participación, que hasta ahora, han sido aportadas a casi 2,800 personas en mi carrera profesional.

Debo comentar también, que el tiempo que he dedicado a mi prójimo en relaciones formales, informales y espontáneas, me ha dado como resultado contar hasta ahora con 14 ahijados de bautizo, primeras comuniones, graduaciones y bodas.

Confieso ante todo, que hay un “culpable” de todo lo experimentado en mi vida, una persona maravillosa que decidió tenerme con él, muy a pesar de la tristeza de mi madre por mi separación de ella, obligada por una enfermedad crítica que me aquejó de infante... mi Tío Marcos, quien fue mi padre. Siempre me orientó a la preparación académica, al trabajo, a la familia y al bien hablar... ahora entiendo pues, cómo y por qué, he llegado hasta donde estoy ahora.

Ingeniero Ricardo Reyes Navarro

Autobiografía

Soy Elizabeth.

Soy lo que coloquialmente en México decimos “güera”. Varias personas seguido me confunden: no saben si soy de Calvillo, menona, gabacha, polaca o de los altos de Jalisco.

Lo cierto es que soy mexicana. Nacida en la capital y orgullosa “chilanga”. Lo que pasa es que mi abuelo era catalán, y como tanto a él me parezco muchas personas piensan que soy de otro lugar.

En treinta y un años he vivido plena, con Gloria y Beto, mis padres amorosos y mis hermanos, Mariana y Luis Alberto. Mariana es la mayor, después sigo yo y luego, mi hermano Luis, el menor.



Me eduqué en una escuela católica que estaba en ese tiempo a la vuelta de mi casa, en el centro. Allí estudié de primero de primaria hasta sexto semestre de prepa.

Cuando tenía dieciséis años ingresé a estudiar Canto por iniciativa propia a la “Casa de la Cultura”; pues siempre me gustó cantar y desde que empecé a estudiar seguí nueve años más aprendiendo las técnicas del canto y conociendo repertorio nuevo. Estaba encantada por aprender. Ingresé a los 20 años a la Facultad de Música de la Universidad Veracruzana. Fuimos cien aspirantes y solo había quince lugares: ingresé en el puesto diez.

Fue una experiencia inolvidable. Aprendí que para ser un músico necesitas, más que talento, una verdadera vocación. Aquella que te permite pasar cinco horas al día estudiando una pieza.

Por azares del destino me encuentro en este momento haciendo cualquier cosa menos ópera.

Intenté un tiempo dar clases. Fui maestra de Coro en una escuela para niños llamada Estudio Suzuki y simplemente dar clases me pareció tan cansado y los niños tan complicados que terminé huyendo despavorida. Lo mío es cantar, no enseñar.

A la par que daba clases entré a trabajar buscando tener prestaciones de ley, en una Constructora, ya que la mayoría de los músicos las tienen, y desde entonces me he mantenido en el ramo administrativo. De esto ya han pasado cinco años.

Sigo cantando por gusto otros géneros, aunque no dejo de trabajar en lo administrativo, a lo que con el tiempo le encontré un poco el gusto.

Mi vida es simple y sencilla, y lo que le pone color es mi familia. Los amigos que me rodean son las flores de mis praderas, y estoy agradecida con la vida por todo lo bueno y malo que me ha pasado pues de todo he aprendido.

Elizabeth Gloria Palet



Participación especial en la sesión plenaria

Iñaki

Les contaré una historia.

Había conocido a un muchacho llamado Iñaki. Él ya iba a entrar a la pubertad, estaba en 6ºA y no sabía qué quería ser de grande y se preguntó: ¿qué carrera quiero elegir? Lo dejó pasar y no le dio tanta importancia, finalmente, faltaba mucho tiempo.

Pasó a 1º B de secundaria. Siguió con su vida, en el mismo colegio, entonces el cambio no fue tan drástico, aun cuando era otra etapa. Su carácter era gracioso así que tenía muchos amigos y eso lo ponía feliz, porque ese año no solo tenía amigos sino amigas; se sentía alegre. Aunque se divertía, había algo que le preocupaba y cuestionaba constantemente: qué quería ser o la profesión que elegiría. Incluso con dicha interrogante continuaba con las clases y sus estudios. Llevaba muy malas calificaciones y sus papás se preguntaban ¿por qué trae malas calificaciones nuestro hijo Iñaki? Él pensaba que no pasaba nada pero se dio cuenta de que sí le afectaba y comenzó a perder la confianza de sus padres, su celular, y además no sabía qué hacer, pero un día pensó... sí puedo, los ciclos anteriores al inicio bajé y conforme transcurría el año escolar, mejoré.

Desde ese día, Iñaki se puso a trabajar y fue mejorando. Su familia fue regresando las cosas; los papás confiaban cada día más en él. Iñaki era feliz porque se dio cuenta de que si se esforzaba podría obtener lo que se propusiera.

Guillermo Iñaki Gutiérrez Morales



BLOQUE II

Cómo alimentar a las musas: Historias con zapatos



Gracias por estos zapatos de futbol

-Corre, llegarás tarde a la primaria.

-Ya voy, mamá, nada más tomo mis zapatos de futbol.

-Corre, vas a llegar tarde a la secundaria.

-Ya voy, mamá, deja tomo mis zapatos de futbol.

-Déjalos. Ya es muy tarde.

-Pero no, no puedo.

-Date prisa, ya es hora de que te vayas a la preparatoria.

-Solo tomo mis zapatos de futbol, me lavo los dientes y me voy.

-Despierta, cariño, aquí están tus zapatos de futbol, te los limpié. Hoy tienes partido.

Como siempre, iba tarde. Tomé el primer autobús que encontré. En el vestidor del estadio, estaba solo, sentado frente aquellos zapatos de futbol. Como la primera vez que los vi, cuando mi mamá me llevó a comprarlos; cuando los vi, me dije: “son perfectos”.

Era el día, la final, el gran juego. Me puse los zapatos, me hice las agujetas y salí del vestidor con un gran suspiro.

Inició el juego. Treinta minutos y empatábamos cero a cero; después, a los quince minutos hubo un gol contrario y para colmo, comenzó a llover.

Dije “No, no me daré por vencido, hoy es mi vida”. A los veinte minutos empatábamos y al final, cuando faltaban nada más que tres minutos, hice la anotación de la remontada. Ganamos. Todo el equipo, mojado. Nos abrazamos y levantamos la copa.

Al salir del partido tomé el primer camión a casa. Cuando llegué, con los zapatos de futbol en una mano y la mochila en la otra, vi que mi madre estaba esperándome en la puerta, y me dijo:

-Sabía que lo lograrías.

-La abracé y le dije: “gracias por comprarme estos zapatos de futbol; gracias a ti ganamos el partido”.

Marco Antonio Reyes Carrillo



Zapatos

Cada vez que necesitábamos zapatos acudíamos a una zapatería llamada “La Paquita” donde vendían zapatos para niños. Salíamos toda la familia, en ese momento conformada por mi tía Martha quien decidía la compra; mi madre, mi hermana Gaby, mis primas: Verónica, Lupita, Brenda, Paola; mi primo Julio y una servidora, a la cacería de zapatos.

Me emocionaba la idea de zapatos nuevos, aunque casi siempre nos compraban el mismo estilo que parecía un zapato ortopédico; no eran de mi agrado por completo pero estaban dentro de mi estándar de normalidad.

Lo diferente en esa ocasión era que había una “oferta” a la cual mi tía y mi madre no dejarían pasar, debido a la situación económica, ¡imagínense comprar zapatos para siete niños!

En cuanto los vi los odié por completo, e inmediatamente los nombré “los taconudos”. Tenían un tacón como del cinco, poco usual para una niña de ocho años; de color negro con pequeños orificios en forma circular, sin ningún chiste.

No tuve opción. Me hicieron probar los “taconudos”, que además, me quedaban grandes, y me los compraron.

Salí enojada de la tienda dispuesta a no usarlos, y así pasaron las semanas: me llevaba mis zapatos de siempre un poco rotos. Pero no contaba con que estábamos en la época navideña y que en la primaria nos organizarían un convivio con motivo de la Navidad, lo cual me emocionaba bastante.

Por fin llegó el día y mi mamá tuvo la oportunidad perfecta para obligarme a que me pusiera los odiados zapatos: – No vas si no te llevas “los taconudos”.

Después de llorar y hacer drama, terminé poniéndome “los taconudos”, ya que de lo contrario no iría a la fiesta. Estaba muy apenada y enojada; pensé en lo mucho que se burlarían de mí, pero no me quedaba otra opción.

Por fin salimos de casa a nuestro festejo mis primas Lupita y Brenda y yo; estábamos en el mismo grupo porque mi prima Lupita reprobó tercer año.

Al llegar al festejo, por fin olvidé por completo que llevaba “los taconudos”.

Maestra Evelin Ventura



Mis zapatos

Aquellos zapatos eran de color negro, cubiertos de piel de cerdo. No eran unos zapatos comunes pues estos tenían casquillo; además, fueron muy significativos ya que mis padrinos me los obsequiaron; pues al ver mis zapatos tan acabados decidieron regalarme esos, cuya protección evitaba que pronto perdieran su vida útil.

Los zapatos fueron especiales. Cuando yo estaba en la primaria los llevaba a diario y como eran muy peculiares, por un momento fui el niño más temido entre mis compañeros, pues un golpe causaba mucho dolor. Como siempre fui hiperactivo y me la pasaba de un lado al otro moviéndome de aquí para allá, los zapatos me duraban poco, pero con éstos fue diferente: me duraron tanto tiempo como el que fui temido.

Luis Ángel Medina Sánchez

Zapatos

Compañeros inseparables de nuestras piernas, son parte de nuestra vida. Elegir el tipo de calzado representa una aventura. Es fundamental determinar para qué actividad se usarán.

Recuerdo que cuando estaba en los primeros grados de estudio, mi madre, de la mano me llevaba al centro a comprar los zapatos de su elección. Ella quería que fueran cómodos, resistentes y quisiera o no, me los tenía que poner. Mi madre así como las de todos los otros niños, tenía mucha autoridad y no aceptaba un no como respuesta.

Con el paso del tiempo, llegué a la adolescencia y me di cuenta de que los tenis de moda eran unos en especial: los JORDAN. Aún la ciudad era algo pequeña; no había muchos lugares donde comprar ese tipo de calzado. Recuerdo a don Pepe, el dueño de aquel local famoso por la venta de calzado deportivo. Los fines de semana muchas personas, aunque no fuéramos a comprar tenis, íbamos a solo a ver los modelos. A la mayoría de los jóvenes nos gustaban los JORDAN.

Cuando, por fin, juntaba el dinero para poderlos adquirir, se me hacía eterna la espera hasta que don Pepe abriera su local y sobre todo, que tuviera la medida que requería, ya que la del número 7 era muy solicitada.

Si tenía suerte, caminaba como si estuviera en la Luna, los cuidaba con cariño y no dejaba que nadie me los pisara.

Maestro Carlos Ramírez Trujillo



BLOQUE III

La fuerza de una palabra



Chocolate

Un poco acongojado por las tristes noticias de ayer en la noche y sin haber dormido bien, esta mañana preparé mis cosas, desayuné y me vine a la universidad. Ahora estoy sentado, intentando encontrar una razón a lo que sucedió y jugando con la envoltura de un chocolate oscuro que me acabo de comer; tenía ese sabor amargo parecido al del café expresso. ¿Qué es el chocolate que despierta en mí emociones adormecidas, siempre felices, que cambian mi estado de ánimo?

Si dejamos atrás los acontecimientos históricos, según los cuales describiríamos que era común entre los grupos indígenas de Mesoamérica; que los conquistadores lo llevaron a España y lo dieron a conocer al mundo al apropiarse de la costumbre del consumo cotidiano; que entre los suizos e italianos se disputan la creación de la pastilla con leche y molienda fina, el chocolate, en mi visión personal, es un canto a la creatividad y a la vida enriquecida con pequeños detalles que la hacen más feliz.

En las mañanas de vacaciones o de sábado, cuando niño, me gustaba acompañar a mi padre a su empresa, que se ubicaba en los bajos de la casa de mis abuelos en el centro histórico de Morelia. Disfrutaba pasar la mañana allí por el gusto de compartir el almuerzo en familia y escuchar las conversaciones de tiempos pasados, de la época en que vivieron en San Miguel y de las circunstancias por las que decidieron moverse a otra ciudad. Entonces bebíamos chocolate espumado, el de la tableta de la “R”. Sarita trabajó de toda la vida con la familia y más de una vez fui con ella a buscar esas tabletas a una tienda cercana, más abajo, en la misma calle de Abasolo, donde siempre se debía comprar.

A veces no servían el chocolate caliente y espumado, sino un atole “champurrado”, que también se preparaba con cacao pero sólo con la cáscara mezclada con pasta de maíz. Mi abuelita contaba historias en esos ratos de convivencia. Especialmente recuerdo aquella de cuando, siguiendo tradiciones, ella preparaba esas tabletas, como la de la “R”, cuando vivían en San Miguel. Con la ayuda de la tía Cristina, a partir de las semillas que primero tostaban y luego molían, formaban una pasta y la prensaban en unas tablillas de madera que le daban la forma.

Esta es una historia de pequeños momentos que se viven en familia, como las que muchos han vivido, pero que marcaron mi alma para siempre y de las que siento nostalgia.

Dr. Jorge Arturo Martínez Ortiz



BLOQUE IV

Los objetos fuentes de inspiración



Guitarra

Guitarra: objeto único e invaluable,
Cuerpo de madera y seis cuerdas,
Al deslizar mis dedos, envuelves,
Con tu sonido los alrededores.

¡Oh! Guitarra, tan diferente
Cual personas existen,
Tú tienes alma propia, compañera,
En alegría y tristeza.

Tan armoniosa y mística
Esperas en un rincón callada,
Sin decir nada, esperas a tu ejecutor,
Amigo para poder hablar.

Tú transmites esa esencia,
Sutil, tan elegante, comprendes,
Y expresas mejor que nadie
Tu sentir, guitarra. Te extraño.

Fernando Reyes Morales

Muros florecientes

A la deriva de carruajes abundantes
Los muros pálidos exponen sus ventanales
Con cortinas que cubrían al sol
Y dejaban pasar de igual manera la luz del farol
Tratando de silenciar a los argumentos
Con los que nos abordaban los caminos.
En el interior crecían las flores
De las cortinas surgían ignorantes,
Pues siempre notaba yo la fotosíntesis
Mientras disfrutaba del anís.
Aun así, de acciones infames
Rehíce a aquel tapiz
Con manchas recientes,



Igualmente seguía ante mi nariz.
Solía admirar un cielo blanco
E imaginar que podía ser un lienzo
Pintado con las grietas del tiempo
Mientras en el sueño recaigo.
Un lugar donde los árboles eran muebles
Y las hojas de otoño, libros,
Reposando en ramas llamadas estantes.
Un piano resonaba entre muros
Y jardines de tapices florecientes
Con pigmentos de colores de tono tenue prevaleciente.
El ruido cual onda de luz se hace presente,
El muro al igual que las flores con el oxígeno lo convierte
Y el silencio aparece como el oxígeno que en mis pulmones se vierte.
No dejan de ser sorprendentes
Aquellas hermosas flores
Que de la lluvia no beben
Y que a su sonido no rehúyen.
Recostado medito sobre los cielos blancos
Y de las grietas como rayos
Resguardándome de los climas inclementes
En los apacibles muros florecientes.

David Duarte Delgado

El vaso

A ti, vaso, que sostienes
Las lágrimas cristalinas de la lluvia.
Vida que recorre las paredes de tu cuerpo.
Deambula con dulzura el alimento
Que transita lentamente en tu cintura.

Los besos de tu boca en mí se impregnan
Y concedes disfrutar del brebaje que me alimenta.
El calor de mis miedos olvido
Al tomar de ti despavorido.

Roel Zurizadai Sierra Pérez



BLOQUE V

Textos narrativos: ¿Quién tiene miedo?

Sesión Plenaria del 3 de agosto de 2018



Relato (Fragmento)

En el fragmento de este cuento, se confunden hechos reales con sucesos soñados.

— ¡Elizabeth! —exclamó el profesor al notar que la muchacha no estaba poniendo atención

— ¿Te encuentras bien? Has estado distraída toda la clase.

— Sí, solo que... —dijo avergonzada.

— Si no quieres estar en la clase es mejor que salgas —interrumpió el profesor, impaciente.

Elizabeth tomó sus cosas y se retiró del aula mientras todos la miraban en silencio. Se dirigió al roble donde solía encontrarse con su amigo Peter y sin pensarlo se recostó sobre su mochila; el sueño la mataba.

Con los ojos entreabiertos notó a un chico inmóvil un poco más allá, junto a un árbol; no podía ver su rostro, pero la sudadera negra y su piel tan blanca como la nieve lo distinguían entre la multitud. Ella hizo caso omiso de este sujeto y volvió a cerrar los ojos un instante. Cuando los abrió todo ardía en llamas. Los arboles calcinados de las inmediaciones desprendían un intenso humo que apenas la dejaban ver entre las sombras. El césped de los jardines no era más que combustible alimentando el fuego que se propagaba por los cielos y transformaba el cielo azul en un infierno de color rojo y naranja. Un brusco movimiento del viento despejó una porción del humo por un instante, y Elizabeth observó que aquel hombre seguía inmóvil, junto al ahora ardiente árbol que curiosamente comenzaba a formar una cruz. Su mirada era tan intensa que provocaba un pavor indescriptible en Elizabeth. Quería correr, pero sus piernas le pesaban; quería gritar, pero su voz era ahogada por el crepitar del fuego que asolaba las construcciones restantes. El calor sofocante era tan real que sería imposible estar soñando: quemaba sus brazos y sus piernas. Corrió apenas cincuenta metros pensando que era suficiente para dejar aquella catástrofe; sin embargo, la hecatombe se extendía hacia el interior del bosque, en lo que parecía ser un radio interminable.

Roel Zurizadai Sierra Pérez



Olor a mar

- ¿No te parece una mala idea? Alguien más seguramente le dirá, y a tu nueva noviecita no le va a gustar que no le hayas explicado por qué tienes esa fobia al mar.
- Que le digan, no me importa. No tengo por qué escondérselo; simplemente no sé cómo explicárselo, ¿sabes?
- Pues como quieras, pero se va a enterar tarde o temprano. Oye, respóndeme algo, ¿le tienes miedo al mar, o a lo que nos quitó?
- ¡¿Quién tiene miedo?! Yo no. Papá jamás le tuvo miedo en vida, y yo tampoco le tendré.
- ¡Qué dramático eres, Nicolás!
- ¡Ah! Suenas como mamá. De todas maneras, gracias por escuchar, Luz.
- No hay de qué, para eso es la familia, tonto.

Si hubiera sabido que esa sería nuestra última conversación, tal vez hubiera hecho algo diferente: abrazarla, decirle que la amo, que no fuera, pero el hubiera no existe...

- ¡Nico! voy a ir a la playa con mis amigos. Cualquier cosa me marcas.

Esa noche mi hermana no volvió. Sus amigos nos contaron que una ola muy fuerte los arrastró a todos desde la orilla hacia mar adentro. De los siete que iban, sólo tres lograron salir. Los policías, junto con los salvavidas, buscaron en los arrecifes cercanos y no encontraron nada; pero hoy, hoy pasó algo como de película. Un salvavidas, amigo de la familia, nos contó que apenas ayer encontraron una botella en la costa. La botella tenía una nota. No sabíamos si era una mala broma o una señal de ayuda; la nota solo decía SOS. Ese mensaje me ha mantenido despierto ya dos noches, mientras los salvavidas y policías buscan de dónde vino aquella botella.

En mi cabeza no se detienen los pensamientos por la noche. A estas alturas, ya no sé qué me hace delirar: si la falta de sueño, o los recuerdos de ese intoxicante olor a mar que mi padre traía consigo cuando regresaba, si la duda de si mi hermana realmente está ahí afuera sola y con miedo; si nos dirán que no encontraron nada más que huesos, o si aquel día, cuando el olor a mar que mi padre cargaba se convirtió en sólo un recuerdo más de alguien que ya no está.

Tenía miedo del poder desconocido que posee esa maravillosa bestia que llaman mar, pero ese mensaje en la botella me hizo decidir que esa bestia ya no tomaría más de mí. Ahora es mi turno de retomar algo que me había quitado: la esperanza.

Bruno Barraza Mejía



En un instante

–Pero... dime ¿cómo fue, Ulhua? –preguntó Josep.

–Bueno, Josep – sonreí discretamente-, dame algo de tiempo para entenderlo.

Ahí estaba yo con media palabra en la boca, sin saber qué responder. Cuestionándome ¿qué fue?, ya que no estaba seguro; pero con felicidad, respondí.

–Era un día como cualquiera, nada nuevo; otra vez salía al trabajo, otra vez me pasaba un alto, y otra vez me salvaba de la policía. Pero justo cuando sentía que la rutina consumiría mi trayecto, sucedió... mi vista periférica repentinamente concentró mi atención, obligándome inconscientemente a voltear; parte de mi cuerpo rotó a la par de mis ojos. Por supuesto, no hace falta decir que choqué ese día.

Lo único que alcancé a ver después de mi accidente fueron sus placas -578 CTK-. Tras esto, no volví a tener otro incidente parecido. Pasaron los meses y el tiempo hacía que aquel incidente fuera cada vez más lejano y borroso. Excepto cuando hace dos meses, como un chispazo, los recuerdos volvieron a mi cabeza; recordé las placas, las cuales ubiqué mientras caminaba. Mi intriga despertó, y me pregunté si podría descubrir qué fue lo que llamó mi atención aquel día.

Justo cuando mi curiosidad sobrepasaba mi sentido del tiempo, colisionó repentinamente, como si de una pared se tratara, una pared de realidad... allí estaba; el recuerdo de una vida que nunca tuve, su familiaridad cuando cruzamos miradas despertó mis más profundos miedos al rechazo, lo cual me paralizaba. No podía creer que fuera ella.

Lo que me llegaba en pensamiento en ese momento, era solamente correr despavorido, y salvarme así de ser observado de forma desagradable, además de salvarme de mis pensamientos que querían interactuar, pero podían ser rechazados. No pude más que apartar mi mirada e intentar seguir con mi camino.

Hubiera continuado, si no me hubiese sonreído, lo cual heló mi sangre; le correspondí la sonrisa sin pensarlo; solo nos observamos por unos segundos, pero no pude mantener mi mirada; entonces me di cuenta de que si seguía caminando, probablemente, no volvería a verla, nunca la conocería, y nunca escucharía su voz ni su risa. Mientras ella subía a su carro, yo no hacía más que intentar observar, nublado por mis pensamientos, incapaz de formular frase alguna, petrificado, con el miedo de hablarle.

Con la respiración acelerada intenté vociferar “Espera”, pero el grito fue leve y agudo; la mayor parte de su energía no salió, y me hacía estremecer, porque aquella palabra no era



lo suficientemente alta en poder vocal para ser escuchada. Para mi sorpresa, me miró: ¡sí, me había escuchado!

Abrí la boca pero no salía palabra alguna; solo sentía cómo pasaba cada segundo, que parecían horas. La boca se secaba con cada intento por hablar, hasta que pude pronunciar “Hola”, “me llamo Ulhua”... “¿te gustaría comer conmigo?”.

Faryd Ignacio Rosas Barrera

Soledad

“Toca el cielo, uno, dos y tres. Cae y brinca cinco y seis, cierro mis ojos hasta el amanecer...”

Otra noche más con esa canción dentro de mí, cuándo podría parar, cuándo sería el momento en que me dejara de comportar como un pequeño con miedo y a punto de orinar la cama.

Es la quinta vez esta noche que me toca levantarme y cantar y simplemente ese estúpido recuerdo no se va.

Siento cómo la ansiedad corre por mis venas... sudor frío, manos temblorosas junto a los susurros del viento.

El tic tac del reloj me está volviendo loco, jamás me había dado cuenta de lo molesto que es. ¿Cuándo el fregadero comenzó a tener una fuga? Goteo tras goteo mi ansiedad crece más y más.

Me abstengo de ver el reloj: quién sabe la hora que es... maldita madrugada, maldita noche, maldito todo.

¿Dónde está ella?, ¿dónde están todos?, ¿dónde estoy yo?, tengo mucho espacio para mí; el aire sobra en esta habitación, pero le hace falta calor.

Hace años que no sentía esto, hace años que no me tocaba estar así. Lo recuerdo perfectamente. La última vez que pasó, cuando mamá se fue. La noche que partió abrió nuevamente el vacío en mi interior. Mi madre ¡oh! bella dulce princesa, cómo la odio y la extraño; ella me llevó a ser así, nunca me dejó solo, siempre estaba conmigo, era mi amiga, mi confidente, mi héroe, lo único que tenía...

La soledad me mata, me envenena, me sienta fatal.

Diana Alejandra Parga Tabares



Viaje por la carretera

Recuerdo bien aquella noche. Regresábamos de una fiesta y lo único que nos acompañaba eran mochilas y carteras vacías, de modo que optamos por volver a casa a pie. Todos sentíamos nervios y un poco de miedo, pero aun así nos pusimos en marcha.

Ahí estábamos andando por la carretera a las tres de la mañana. El trayecto era largo: por lo menos dos horas bajo la luz de la luna y a un lado de esa autopista, que, cuando el recuerdo en este momento me produce alegría y nostalgia, pero esa anoche, era aterradora. Los coches alumbraban el camino y en especial, un puente peatonal, el cual nos marcaba que ya estábamos en la mitad del trayecto. Como era de esperarse, subimos al puente solo para tomar la foto del recuerdo en grupo.

Al bajar, una camioneta se detuvo frente a nosotros y ofreció llevarnos; con un poco de nervios, aceptamos.

Cuando íbamos en el cajón de esa camioneta, podía ver el paisaje tan hermoso de árboles y pasto bajo esa tenue luz; disfrutamos del poco alcohol que nos había quedado entre pláticas, risas y comentarios sin sentido; sin dudas, un momento perfecto sin preocupaciones.

Por fin, llegamos a destino. Bajamos todos de ese cajón, dimos las gracias y nos despedimos, y así terminó un viaje un poco extraño pero divertido, que sin duda, volvería a repetir.

Ulises Alejandro Soto Martínez

Relato de un viaje

Agosto 20 del 2017. Fue una fecha muy especial para mí. ¿Por qué fue importante? Porque en aquel día, con solo 19 años, por primera vez, me aventuré en el mundo de la Ciudad de México, un lugar que es muy destacado en mi vida.

Yo soy fan de la adrenalina; me gusta poder vivir al máximo día a día. Es por ello que tomé la decisión de irme a Six Flags, un lugar en donde pude enfrentar el miedo a la altura, aunque no superarlo; sin embargo, tuve un día lleno de muchas emociones, todas al mismo tiempo.

Todo empezó desde el momento en que me senté en el asiento que me fue asignado en el juego mecánico. Con el simple recuerdo, aún siento el cosquilleo en mi interior que me hace revivir todo lo que en aquel día logré empatar. El “Boomerang”, “Batman Ride”, “Superman el Último Escape”... fueron juegos que me hicieron gritar cuando comenzaron a hacer su trabajo.



Esos nervios y el pánico que se presentaron al mismo tiempo en mí al momento de estar subiendo y bajando en el juego, son emociones que no olvido. Fue hermoso vivir esa experiencia; estoy segura de que nunca olvidaré la gran experiencia que aprendí al término del día.

Claudia Gabriela Castillo Ramos

Caperucita (versión del leñador)

Yo suelo trabajar en el bosque. Recuerdo aquel día. Mientras comía mi almuerzo, observé que el lobo se acercaba al camino principal.

Como soy muy curioso, decidí tomar mi hacha como precaución y comencé a seguirlo. En ningún momento lo perdí de vista. Después de unos minutos se detuvo a platicar con una niña de capa roja. Por la distancia a la que me encontraba no pude oír nada; pero estaba listo para atacarlo, solo en caso de que él atacara primero a aquella inocente niña.

Solo pasaron un par de minutos cuando el lobo salió corriendo a toda velocidad. Cuando observé que la viejita lo dejó pasar a su casa, me sentí más tranquilo y me dispuse a tomar un poco de aire, antes de regresar a la zona de tala.

Cuando me estaba a punto de dar media vuelta vi cómo la niña de capa roja a entraba a la vivienda. Decidí esperar un poco más solo por si acaso. Justo cuando puse mi hacha en el suelo, escuché unos gritos espantosos. Sin pensarlo corrí lo más rápido que pude hasta llegar a la casa y con una patada derribé la puerta. Cuando irrumpí, el lobo perseguía a la niña. En el instante que me vio entrar, el lobo saltó por la ventana y escapó.

Desde ese día nadie ha vuelto a saber de él. Y siempre que puedo vigilo el bosque.

Carlos Alejandro Alemán Silva



BLOQUE VI

La riqueza del detalle: Instructivos



Cómo amar a tu país

Es tan sencillo amar algo y cuánto más si hablamos de la tierra que te vio nacer, esa que te acoge a ti y a tu familia.

Esto es simple...

Cuida sus calles, paisajes, sociedad; no tires basura ni seas basura.

Conócelo, enriquéctete de sus culturas. Respeta, sé amable con el mesero, la señora de la tienda, el moribundo... Prepárate. Sé una mejor persona; trata de cambiar las cosas que no están bien. Toma las mejores decisiones, tómalas a conciencia, no por moda ni por dejar las cosas en manos del de arriba “que al fin, peor no podemos estar”...

El verdadero cambio está en tus manos. Despierta tu espíritu político, coherente, ecológico, intelectual... abre los ojos.

Viaja, viaja mucho y enamórate de cada pueblo, enamórate de su gente, sus comidas, sus tradiciones... y así aprenderás cómo amar a tu país.

Belén Guadalupe Hernández Jasso

Instrucciones para escuchar una buena canción

Escuchar buena música, en realidad no es tan fácil como se lee. Lo primero que debe hacer, y lo más importante, es encontrar esa canción digna de tres o cuatro minutos de su ajetreada vida; puede que sea la parte más complicada, pues tendrá que descartar entre aquella que suena en todas las fiestas y lo llena de ganas de bailar, o entre la que le dedicó su ex amor y ahora usa para llorar los sábados por las noches.

Deberá elegir aquella que logre que su mente vuele, que su corazón vibre, y su piel se erice. Esa canción secreta, que muy pocos conocen, y los que lo hacen son aquellos exploradores experimentados de tesoros auditivos.

¿Ya la tiene? Ahora, necesita encontrar una locación; puede ser en una habitación aislada, o en un parque vacío. El lugar debe ser calmado, así el bullicio callejero o el molesto tráfico no lo distraerá. Póngase cómodo, acuéstese sobre su cama o siéntese en su sillón favorito. Respire, respire muy profundo, hasta que el silencio reine el lugar y pueda dejarle protagonismo a la melodía.

Es hora de escuchar la canción; puede escucharla desde algún aparato, o ponerse auriculares, lo cual recomiendo. Escuche con atención cada sonido, trate de distinguir los instrumentos, las palabras, la atmósfera en la que debió ser escrita; sienta la libertad de viajar hacia donde la música lo quiera llevar, sin miedo, sólo serán unos minutos.

Si desea tener una experiencia más profunda, puede incluir alguna bebida y/o compañía, la cual debe ser silenciosa.



Al terminar, retírese los auriculares, o detenga la música. Asimile las sensaciones, y vuelva a la realidad. Deberá tener prisa en el último punto, pues puede arriesgarse a ceder a esta actividad el resto del día.

Paola Elizabeth Martínez Mireles

Instrucciones para manejar un auto automático

Este instructivo no garantiza el logro del objetivo, pero te dará una noción básica de lo que implica manejar. Aclaración: el escritor no te garantiza la satisfacción total, ni cubrirá los daños ocasionados por el mal uso del instructivo.

Ante todo necesitas tener un automóvil a la mano, con el cual practicar.

Paso número uno: estar consciente de que lo que se pretende dominar es una máquina. Fue creada por el hombre y para el hombre; no es nada del otro mundo y todos podemos llegar a manejar. A algunos les costará más tiempo y a otros menos, pero al final tú también terminarás dominando el tema perfectamente.

Paso número dos: quítate el pánico, no dejes que el temor se apodere de ti. Puedes aprender acompañado o solo, pero si esa compañía no le suma a tu propósito, elimínala, y busca a alguien que te apoye y motive.

Paso número tres: busca un espacio amplio y sin obstáculos, que se encuentre libre de personas, para evitar todo posible riesgo de ocasionar u ocasionarte daño.

Paso número cuatro: con el auto apagado, dedícate a conocerlo; pregúntate para qué sirve cada uno de los botoncitos, palancas e indicadores que tiene. Investígalo, pregunta y aprende.

Paso número cinco: identifica el paro de emergencia, pregunta qué es lo que debes presionar, jalar o apagar en el caso de que pierdas el control o entres en pánico. Con ello tendrás la seguridad de que, en el peor de los casos, el auto se detendrá y no causará accidentes.

Paso número seis: verifica que la palanca de velocidades se encuentre en la letra "P"; significa que el auto se encuentra detenido y no podrá avanzar. De igual manera, libera el freno de mano para que no detenga tu marcha en pasos posteriores.

Paso número siete: presiona el freno con fuerza, hasta tope y con la mano derecha, da un brinco a la llave hasta que todas las lucecitas enciendan; espera unos segundos y recorre la llave girando hasta un segundo brinco: escucharás que el carro hace ruidos y comienza a



vibrar; ¡tranquilo, es normal! Espera a que el auto encienda y antes de que comience a rechinar como gato, suelta la llave para que regrese al primer brinco.

Paso número ocho: con el carro encendido, presiona el freno, coloca la palanca de velocidades en la letra “D”; sentirás un pequeño golpe y al soltar poco a poco el freno notarás que el auto comienza a andar; una vez suelto el freno en su totalidad, comienza a usar el pedal izquierdo, el cual controlará la velocidad a la que circulará el auto.

Paso número nueve: si quieres detener el auto, suelta el acelerador y presiona el freno; el auto solo te dirá si has cometido errores.

Paso número diez: si quieres ir en reversa, presiona el freno, permite que el auto detenga su marcha por completo y con el pedal de freno a fondo y con ayuda de la palanca de velocidades cambia a la letra “R”; suelta lentamente el pedal de freno y notarás que sucede algo similar a lo que pasó en el paso ocho, pero ahora en sentido opuesto.

Paso número once: para apagar el auto necesitas detener su marcha, presionar el freno a fondo. Con ayuda de la palanca de velocidades pon el auto de nuevo en “P”, coloca el freno de mano y de manera contraria al encendido, gira la llave a su posición inicial o posición cero.

Con el cumplimiento de los pasos anteriores, se logrará comenzar a manejar un automóvil. La práctica continua te permitirá adquirir el dominio de esta máquina que todos llamamos auto.

Maestro Calet Misael García Marín

Cómo escoger tu ropa

Diariamente, estamos frente a nuestro guardarropa, listos para vestirnos; sin embargo, la elección sobre qué elegir a veces se vuelve complicada y usamos expresiones como:

¡No tengo nada que ponerme!

¡No sé cómo combinar mis prendas!

Para seleccionar tu vestimenta, es necesario cerrar tus ojos por un momento, visualizar tus actividades, y pensar qué imagen quieres mostrar sobre ti, según sea lo que pretendas, si buscas elegancia, sencillez, comodidad, formalidad...

Una vez que hayas definido, abre tus ojos y observa tu guardarropa; selecciona al menos tres pares de prendas que vayan ad hoc a la imagen que quieras transmitir; prueba una por una cada una de ellas y colócate frente al espejo; sonríe y posa del tal manera que seas tú, tu esencia con tu presencia. Al final, sabrás cuál elección fue la mejor, saldrás de casa, cómodo, satisfecho y listo para comenzar tus actividades.

Maestra Gabriela Ortiz Delgadillo



BLOQUE VII

Ensayos



El gran concierto en el cielo

“Y ni estoy asustado por morir. Alguna vez lo haré, no me importa. ¿Por qué debería estar asustado de morir? No hay razón para ello. Tendrás que irte algún día.”

Escucho el monólogo al final de la popular canción de Pink Floyd y pienso, ¿realmente estamos asustados por morir? Si le preguntas a un médico, te dirá que la muerte es dejar de presentar signos vitales: muerte cerebral. No creo que las personas le teman a eso, sino a cómo dejará de latir su corazón y, en cuestiones más religiosas, a qué es lo que hay más allá o si hay algo.

Empezaré por la razón que me asusta más: el cómo. Ninguno de nosotros quiere morir quemado (o al menos no, en su sano juicio). Tampoco queremos morir de deshidratación o inanición. Mucho menos queremos estar en los zapatos de los modelos de la revista Proceso. En este sentido, es natural que se le tema al cómo. Incluso nuestra mente y cuerpo están diseñados para evadir esas situaciones lo más posible.

Personalmente, me gustaría morir quedándome dormida viendo un ramo de flores, en una cama de hospital. Quiero pensar que mientras vea las flores, estaré pensando en lo que sucederá a mi cuerpo: posiblemente sea quemado y vaya uno a saber dónde terminarán esas cenizas. Pensar en cómo moriremos no es lo mismo que pensar en que ya nos queremos morir. Solo estás planeando el hecho de tu vida del que puedes estar más seguro que sucederá.

Con lo anterior, retomo el primer punto: es la incertidumbre la que nos asusta. Aunque otras partes del plan de vida sean igual de inciertas, ninguna nos asusta tanto. Sólo el miedo al fracaso puede equipararse con el miedo a la muerte y ni así el primero tiene tantas víctimas como el segundo.

Otro tema que suele ser punto importante en muchas discusiones es el qué sucederá después. Para los que como yo que no creemos en la vida después de la muerte, sabemos que nuestro cuerpo se descompondrá, será fuente de alimento para ciertos animales y luego servirá para enriquecer la tierra. Eso nos han enseñado a pensar y es lo más fácil de percibir para nosotros.

Para otros, que sí creen en el más allá, puede ser que el no tener ni una mínima idea del cómo será es más escalofriante que el hecho que te llevará a morir. Hay de todos colores y sabores: cada religión tiene un castigo, una recompensa y diferentes consideraciones para llegar a un lugar o al otro. Por ejemplo, los católicos creen en el cielo y el infierno. No puedo decir que si eres bueno llegarás al cielo porque el concepto de bueno puede variar de persona a persona, de grupo a grupo. Hasta he llegado a pensar que el verdadero miedo a



morir de un católico devoto es que no sabe si lo que ha hecho a lo largo de su vida lo va a llevar arriba o abajo.

Nadie tiene miedo de morir. Tenemos miedo a no tener el control de nuestra muerte. Es tan inesperada y misteriosa que incluso los suicidas fallan al querer encontrarla, o les salen mal los planes (sí, aún peor de lo que planeaban). La muerte es un momento por el que todo ser debe pasar por el hecho de estar vivo. Ella te ve como un amigo muy cercano, tanto que va a tu casa y te lleva sin que tú te puedas resistir. Es tan desconsiderada que puedes sufrir un infarto al momento de terminar de leer esta oración.

Brenda Sofía Martín Villalobos



Participación en el XI Encuentro de Escritores Jóvenes 50° Feria del Libro de Aguascalientes

Textos seleccionados y que sus autores leyeron en el encuentro



La sogá y la pala

Recientemente me percaté de un monstruo que había estado acechándome desde hacía años. Aunque no lo había visto físicamente, sabía que estaba presente y en especial cuando me encontraba yo sola en mi habitación. Sucedió como cuando éramos más pequeños y pensábamos que el coco estaba en nuestro closet o debajo de la cama... volví a sentir aquel miedo, la adrenalina que te hacía querer correr despavorido después de apagar la luz, hacia tu cama; solo que esta sensación era un poco diferente a cuando pequeña: como si alguien me estuviese sofocando, sentía que algo me ahogaba. La oscuridad me comenzó a parecer aterradora, tanto así que compré una lámpara y solo dormía si estaba encendida. ¿Cómo es posible que algo que no he visto físicamente me tenga aterrada? Esa pregunta me daba vueltas por la cabeza. Caí en un sueño profundo, el cual pintaba mal. Desde un inicio me veía en un lugar oscuro y frío. No me atrevía a dar un paso, pues estaba descalza y el suelo, al parecer, estaba mojado. No sabía qué terreno estaba pisando; podía dar un traspie y caer...entonces una voz grave y ronca ordenó “camina derecho”. El terror me invadió de pies a cabeza y comencé a tiritar y a castañetear los dientes y no era por frío sino por los nervios. Tomé una bocanada de aire y avancé. Los primeros pasos fueron los más difíciles, como si mi inconsciente no quisiera obedecer. Mi cuerpo parecía petrificado. Avanzaba lentamente. Llegó un punto en el que me detuve, pues sentía que no estaba yendo a ningún lado; no veía la distancia recorrida, aunque dentro de mí sabía que había caminado bastante. Me senté, abracé mis rodillas y comencé a llorar. Solo quería despertar, pero por algún extraño motivo, no podía... Sollocé, grité, agoté mis lágrimas; de pronto, a unos metros de mí, divisé un punto de luz, muy tenue y débil, ¡pero la veía! Me levanté y caminé hacia ella. Era extraño: a medida que me acercaba, menos pesadez, menos intenso el frío; el suelo ya no estaba mojado. Cuando llegué a aquella luz, al ver mis pies me llevé una horrible sorpresa: tenían callos y estaban ensangrentados. Quise llorar de nuevo, pues todo lo sentía tan real, que no parecía un sueño. Esa luz blanca, tenue y débil era mi guía, y por el momento, mi única esperanza. En el camino, encontré una linterna. Supuse que debía recogerla... Más adelante encontré una sogá y una pala; eso me pareció algo turbio y nuevamente comencé a tiritar; mis manos sudaban a chorros y me inundó una tremenda taquicardia. ¿Qué iba a suceder? ¿Para qué la linterna, la sogá, la pala...? Un impulso me hizo pensar en regresar; al final, la idea de permanecer en aquel lugar oscuro y frío no sonaba tan mal. De pronto escuché “estás por llegar, solo sigue”– la misma voz grave y ronca–No podía vivir toda mi vida con miedo. Entonces no sé de dónde saqué la valentía y continué caminando. Aquella luz se iba desvaneciendo... encendí la linterna, y avancé hasta que llegué a una fosa profunda, y al aluzar el fondo, un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Petrificada, horrorizada, no podía creer lo que estaba viendo ahí, ¡era yo! Sí, era yo, con mi pijama y estaba dormida; ya no sabía si lo que pasaba era sueño o realidad. Una extraña



masa de color azul me tenía abrazada; no podía observar bien la forma y el rostro de ese ente, pero era algo aterrador.

A mis pies cayó una nota... “Soy tu soledad, aquel monstruo que todas las noches te visita en tu cuarto, que te sofoca y te hace sentir sola; que te aparta de las personas que te quieren y te roba de a pedacitos tu vida, haciéndote temer y entristeciéndote. Yo siempre te he aconsejado, incluso a plena luz del día, que es mejor que estés sola, que no necesitas de nadie, hasta que te dejé vacía, ¡tan vacía que ahora ni yo quiero tu compañía! Solo tienes dos opciones: puedes tapar la fosa con la pala o salvarte con la soga. Tú decides”. Mi mayor miedo me estaba enfrentando y me daba la oportunidad de salvarme. Entonces descubrí que desde hacía años estaba perdida, y ese día me encontré. Al despertar de ese extraño episodio el dolor me hizo mirar mis pies: estaban ensangrentados y callosos.

Marisol Jiménez Gutiérrez

Proyecto #72

—Ahora que me estoy muriendo de cáncer a los setenta años, me gustaría hablarles acerca de mi trabajo; traigan una cámara para que todo lo que diga quede para una futura investigación. No descansaré en paz a menos que les cuente todo lo que sé. ¡Vamos, rápido!... traigan la cámara que me queda poco tiempo...

Todo empezó en 1978. El gobierno quería una nueva arma o un súper soldado; nos entregaron un cheque de mucho dinero, el cual decidimos usar para crear un súper soldado genéticamente modificado que soportara más balas sin caer al suelo y, claro, tuviera una mentalidad tan fría que no le importara matar a sus enemigos.

Primero, conseguimos varios sujetos de prueba y después los colocamos en cien celdas. Creamos cien sueros distintos, cada uno con un nombre según su número: por ejemplo, Proyecto#18. Resumiré los resultados. A la mayoría de los sujetos, los sueros les causaron mutaciones o deformaciones que los mataron, ¡pobres de los que murieron durante aquel tiempo!

Habían pasado dos años y solo quedaba un sujeto, el número 72. Su piel se volvió azul; sus ojos eran rojos; perdió varias partes de su cuerpo. Debido a esto, los científicos, le fabricaban una nueva extremidad robótica hecha de titanio, cada vez que perdía cualquier parte del cuerpo. Una cuarta parte de su cabeza, un brazo, una pierna, su corazón, un ojo y gran parte de su abdomen desaparecieron. No me explico cómo logró sobrevivir, pero ya no era humano desde que se usó el suero en él.

Las pruebas que se hicieron sobre el sujeto consistieron en recibir más de sesenta disparos sin caer, sin importar dónde le dieran; soportó una caída de más de cuarenta metros sin sufrir daños...



Luego ocurrió una gran desgracia: el proyecto#72, ese monstruo sufrió un cortocircuito en aquella parte robótica de su cerebro. Esa falla... Esa condenada falla causó la mayor desgracia de todas. Comenzó a matar, en ese laboratorio, a todos los que pudo.

Solo escapamos tres. Mientras huíamos vimos por las cámaras de seguridad cómo mató a varios de los compañeros. Nuestros amigos murieron de una forma cruel, sádica, dolorosa... Las muertes que vimos fueron distintas una de la otra.

Tomamos unas pocas cosas para intentar cerrar la puerta de entrada al laboratorio. Cuando estábamos en la entrada uno de nosotros se sacrificó ya que tenía que deshabilitar los controles internos de la puerta para que no fuera posible abrirla desde dentro...

Siempre lo recordaré como un héroe.

Entonces solo quedamos dos supervivientes. Acordamos dañar el control de la puerta externa y así lo hicimos para que ese monstruo no saliera jamás.

Si se lo preguntan, la bestia sigue viva en ese laboratorio. Si les interesa ir a ese horrible lugar, se encuentra en la colina, a las afueras de esta ciudad.

No intenten matarlo con armas comunes. La única arma que lo puede matar es una katana la cual fue hecha con uno de los sujetos que murió. El suero que tomó hizo que sus huesos se volvieran más fuertes que cualquier material en este planeta. Era el Proyecto#92, nuestra salvación para acabar con el #72; pero esa katana era tan peligrosa que nuestro supervisor la había ocultado en algún lugar del laboratorio ya que su filo era tan impresionante que corta el titanio como si fuera mantequilla.

Estoy seguro de que esa monstruosidad sigue viva, ya que cuando perdió el estómago lo modifiqué para que viviera a partir de energía eléctrica la cual era generada mediante la fricción. No necesita ninguna estación de carga. Tiene una manivela la cual él mismo puede girar para recargarse.

Yo les recomiendo que, aunque tengan curiosidad por esa criatura, no vayan a buscarla. Dejen que ese laboratorio sea su tumba y que todos nuestros errores desaparezcan cuando un terremoto con la suficiente fuerza haga que la construcción se venga abajo y que todo el peso mate a la bestia, aunque dudo que sea suficiente...

En ese momento el electrocardiógrafo sonó por última vez.

Ángel Eduardo Villaseñor Flores



Antología de textos: Los monstruos en todas sus posibilidades literarias

Elaborados por alumnos para el XI Encuentro de Escritores Jóvenes



Miedo de un monstruo

Me desperté a mitad de la noche, vi el resplandor tenue de la luna reflejándose en el piso. Era ya la cuarta ocasión en que despertaba exactamente a la misma hora. Volteé mi cuerpo repleto de sudor, quedando exactamente frente a mi espejo. Me veía recostado con la piel pálida y los cabellos enmarañados. Vi fotogramas de otro lugar nunca antes visitado, como en grandes figuras geométricas que se apoderaban de todo el espacio frente a mí, y me sumergí poco a poco en ese lugar desconocido, completamente a oscuras. Por breves instantes aparecían destellos blancos e imágenes grises.

Creí volver; sin embargo, ahora una mujer varada con su faz delante de mí, me miraba. El cielo monocromático y frío reflejaba una tristeza tal, que hacía que las flores perecieran, los árboles se secaran y el agua de la playa ondeara bruscamente, buscando salir a la superficie, al exterior del mar e inmiscuirse entre la arena hasta llegar al montón de ramas y troncos podridos tendidos a unos pocos metros fuera del agua, como si al océano mismo lo fueran a asesinar.

Los cabellos de la mujer empapados de agua escurrían incesantes, llenos de sal y arena. Me miraba con sus rojos ojos llenos de odio que expresaban palabras que no me atrevo a decir. Me quedé petrificado.

Como viento huracanado me deslicé de espalda sobre la arena de golpe, y volví a estar en mi cama, despejándose despacio aquellas figuras suspendidas en el aire de mi habitación. Salté de mi cama a duras penas. Podría jurar que no fue un sueño, indiscutiblemente fue real. ¿Cómo es posible que la mujer que asesiné, que ahogué sin piedad, me siga atormentando después de tantos años?

Roel Zurizadai Sierra Pérez

Rosas envenenadas

Amor, amor, eres un monstruo.
Antes de dormir apareces
y entonces desesperado dudo.
Quiero ver dónde te escondes.
Cantan las voces en pesadillas,
lugar de mis tormentos.
Te veo igual en mis sueños,
aunque en malos pensamientos...
ideas de palabras perdidas,



Miradas en lugares oscuros
Y las rosas envenenadas...
Ellas yacen muertas.
Y tú, amor... ¿Estás ahí?
La pregunta nunca lleva un sí.

Amor, eres un monstruo cuando no estás.
En tu ausencia las rosas están envenenadas.
Amor, eres un monstruo cuando te veo
Porque vislumbro las rosas de mi deseo.
Amor, eres el monstruo que roba corazones
y envenena las rosas con pasiones.
Amor, eres el monstruo nocturno
Que se esconde en la oscuridad de la mente,
En un gran temor de no encontrarte,
Pero cuando te encuentro no puedo perderte
Porque soy el monstruo que quiere atraparte,
Pues... Ahora es mi turno.

David Duarte Delgado

Aléjate de mí

Me miraba fijamente con sus ojos negros, negros como el vacío; su respiración pesada, pesada como el concreto. Su parada era peculiar: cabeza ladeada, cabello cenizo y despeinado, ligeramente encorvado. Caminó sin abandonar esta postura. Se acercaba. Intenté correr y dejarlo atrás, pero no podía; aún me miraba. Era horrible. Su respiración taladraba mis tímpanos. Comenzó a inundarme un olor rancio, desagradable; tan penetrante que no importó cuánto perfume echara, aún olía a perdición.

El reloj comenzó a jugarme una mala broma, se burlaba de mí, me gritaba cada segundo, quería volverme loco... Salí huyendo de mi departamento. Me tomó por sorpresa la noche, tan fría, tan vacía, tan solitaria. Esa noche quemaba y congelaba. La luna parecía sonreír. Me dediqué a seguir su camino. Me llevó a una calle llena de espejos: me detuve en uno y ahí estaba de nuevo él: esos ojos, esa postura, esas manos... manos que merecían ser quemadas, pero, al contrario, ahí andaba él, dejando su rastro escarlata. Le tenía miedo; no me dejaba en paz; no podía escuchar mis propios pensamientos sin antes escuchar su voz. Me volví paranoico. Corrí, grité para dejar de escuchar su maldita respiración, respiración que nunca me dejó solo. Creí que aún venía detrás de mí; giré la cabeza y no lo



vi. Pasé uno, dos o tres segundos en negro total, y de nuevo ahí, él, expectante, horrible, con sonrisa grotesca. No podía seguir huyendo más; él siempre me encontraría. Si volteaba atrás no lo vería, él siempre estaría frente a mí. Tenía que dejarlo ser y dejarlo salir, pues...ambos somos uno porque él...él soy yo.

Maitty Grisell Campos Aguilar

Conocí a un monstruo

– ¿Alguna vez has visto o conocido a un monstruo? –Preguntó el profesor de Filosofía en clases.

Muchos no entendían el porqué de aquella pregunta. La materia era filosofía y no se centraba mucho en los monstruos. Hubo distintas respuestas; varios mencionaron películas, otros contaron sus experiencias, un tanto exageradas. El profesor pidió que narráramos nuestras experiencias. Algunos recordaron hombres con malformaciones, otros a personas lunáticas y unos cuantos hablaron de seres malvados con habilidades sobrehumanas.

–Veo que conocen bastante del tema. –Exclamó bastante sorprendido el profesor–Ahora es mi turno de contarles mi experiencia con un monstruo.

Él tomó su silla y la colocó en el centro del salón; esperó a que todo el mundo guardara silencio y una vez que lo consiguió, comenzó con su relato.

“Todo comenzó cuando cursaba la preparatoria. Era mi último semestre. Faltaba poco para terminarla y graduarme. Durante ese semestre recibimos a un nuevo compañero. La mayoría de nosotros preferíamos evitarlo ya que el simple hecho de verlo causaba una reacción a la vez de asco y lástima. Él era bastante bajo de estatura; una de sus piernas era más grande que la otra lo que le impedía caminar bien; en una mano tenía seis dedos, mientras que en la otra tan solo 4; tenía una gran joroba y un cuello bastante pequeño; sus dientes eran grandes y bastante chuecos. Para colmo su nombre era Maelo, un nombre horrible como su aspecto.

Nadie hablaba con Maelo; él era excluido por todos; cuando se trataba de hacer un trabajo en equipo, él siempre estaba solo. Un día me percaté de que, pese a su aspecto, él era de los promedios más altos de la clase y sus trabajos siempre eran los mejores: decidí que sería una gran idea hacerme su amigo para que me ayudara a hacer mis trabajos y a sacar una buena calificación. Me hice su amigo y con su ayuda obtuve un promedio por encima de lo habitual.

El día de la graduación él trató de acercarse a mí, pero yo lo rechacé y humillé frente a mis amigos, ¡total! él ya no me servía de nada...

Dos meses después, la madre de Maelo me visitó y me contó que Maelo se había suicidado y que había dejado una nota para mí.



Tomé con miedo aquella nota que me entregó la señora y la leí. Eran tan solo dos pequeñas líneas que me partieron el corazón.

“Yo no pedí ser un monstruo.

Yo solo quise un amigo.”

Todos en el salón se quedaron sin palabra. El profesor tenía lágrimas en los ojos; nadie nunca lo había visto así. Después de un momento, con voz temblorosa rompió el silencio.

–Jóvenes, el monstruo nunca fue Maelo. Fui yo al aprovecharme de él. Lamentablemente, vivimos en un mundo lleno de monstruos que humillan y usan a las personas y pocos hacen algo para evitarlo. Chicos, tomen la iniciativa y no sean ustedes un monstruo, como lo fui yo.

Juan Carlos Zermeño Beltrán

¿Y dónde estoy?

Me encontraba en un callejón solo y sin ninguna salida, sin nada que pensar, solo y sin personas que me pudieran ayudar...

Pensé mientras estaba en la habitación: hay un mundo afuera esperando por mí, pero no puedo salir. Ese gran monstruo en mi cabeza no me deja amar ni ser amado, ocasiona problemas de los cuales no puedo huir, me genera una infinidad de conflictos. No sé con quién hablar ¡no puedo hablar!

Ese monstruo consume mi esencia, me trastorna, me derrumba.

Me miro en el espejo:

Ese es mi más grande enemigo: él, el que está tras el espejo. Todos los días salgo de la casa de ese encierro de cuatro por cuatro. Miro a las personas y todos tienen problemas y alegrías.

-¡Ja! Todos están en tu contra, todo el tiempo te juzgan.

-Es verdad. Salgo con una mochila y una bicicleta a pasear, con una piedra que no se puede soltar, se aferra a mí.

- ¡No seas ingenuo, niño estúpido! Esos son todos los problemas que tienes. Te odio, yo también te odio... eres un simple peón en este gran juego de ajedrez. No puedes cambiar las cosas; las personas no cambian. Un insignificante “peón” como tú no va a cambiar las cosas.

- Cállate. No puede ser que tú me estés tratando así, pero si tú siempre has estado conmigo; siempre estás hombro con hombro.



El chico solitario sigue en su camino pero ese gran monstruo no lo va a dejar tan fácilmente. Lleva varios días pensando y analizando su vida. Él tomó la decisión de alejarse para siempre de sus amistades. Él se cerró las puertas de su propia vida.

Pasaron los días y los meses y el chico cada vez se encontraba más solo y sin amigos, pero un día, mientras estaba en una banca con unos audífonos y una libreta que era su compañera, pasó algo extremadamente extraño para él. Un chico lo miró y le dijo:

- Oye, sí, tú...tú, el chico de los audífonos.

- ¿Quién? ¿Yo?

- Sí, tú... llevo varios minutos observándote y estoy muy interesado en saber qué haces en esa libreta: siempre estás muy concentrado en ella.

El chico entabló conversación con él y en poco tiempo se habían convertido en amigos. Oteb, que así se llamaba, era su tema de conversación y hasta volvió a hablar con su familia.

- Oye, pequeño "peón", ¡dime qué haces! Las personas nunca estarán ahí para ti... siempre te traicionan y siempre te las...

- Mira, tú estás aquí de nuevo me pregunto en dónde te metiste... siempre aquí para hacerme dudar. La amistad con Oteb me ha dado esa luz que contigo nunca tuve.

-Me encontraba en un callejón solo y sin ninguna salida sin nada que pensar solo y sin personas que me pudieran ayudar y todo gracias a ti.

El chico solo camino por el callejón ignorando todas esas voces que le hablaban...

-Por fin das la cara, porque no me habías mostrado la cara ya, te escondes siempre en la oscuridad siempre te muestras cuando estoy solo.

-Claro, "peón", sabes que estamos mejor solos. No ocupamos a nadie más.

El chico solo sonrió y dio un paso pisando su reflejo y se dijo: "nunca más estaré solo. La soledad es un monstruo que te consume poco a poco. Hoy tengo amigos y personas que me aman. Te dejo en ese charco, soledad. En ese charco oscuro donde te puedes odiar a ti mismo porque yo ya sé lo que es amar. Ese monstruo con mi forma se queda aquí ya no te veré más. Adiós.

Jesús Alberto Rivera

¿Quiénes son los monstruos?

De niño me contaban muchos relatos sobre las personas que han observado los diferentes tipos de monstruos que existían en este mundo, Pero nunca me contaron su verdadera identidad.

Y creo que no siempre viven en la oscuridad de tu simple mentalidad.

Pero un tiempo ha llegado que ellos han estado esperando.

Porque los verdaderos monstruos viven en la sociedad



Siempre de frente me los he encontrado.
Pero lo que no han pensado es ¿acaso es por la eternidad?
Lo único que podríamos compartir los monstruos y yo es la mortalidad
Se distinguen por su deformidad que los contiene por su inmensidad.
Lo que me asusta es la capacidad que tienen
De criticarme sin poder contar mi versión de mi vida
Ni siquiera mi sombra podrá salvarme de aquello inesperado,
Solamente en las noches pude haberme apaciguado.
Una vez estaba solo en mi casa recordando
Que estaban con las demás personas ignorando.
Un hecho traumático que todos tuvimos en un cierto momento.
Sin importar que estuviera debajo del sol iluminado,
O debajo de una fuerte lluvia mirando en el agua mi reflejo.
Ellos estarían siempre escondidos.
Ya que alguna vez yo pude haber sido un monstruo para alguien más.
Sin darme cuenta pude haber lastimado a una persona.
O tal vez soy yo el que esté acorralado, tal vez lo sabré en algún momento.
Pero lo que no me ha dejado dormir es pensar:
¿De verdad yo seré el monstruo al que tanto tuve miedo?

Guillermo Carlos López Rostro

Los locos son ellos

No recuerdo cuándo comenzó todo, o si hice algo para merecer esto. Lo único que me ha quedado claro hasta ahora es el hecho de que tengo una misión en este insólito mundo. Divagaba entre la multitud, deseando ser visto por alguien, que alguien pudiera escucharme, o por lo menos verme, pero lo único que habitaba era el silencio; mi voz no podía ser alcanzada.

Transcurrieron los años, y comencé a notar que, en comparación a la gente de mi alrededor, no envejecía; la soledad se volvió mi compañera, y la oscuridad, parte de mí.

No logro recordar en qué punto de mi tortuosa agonía comenzó a cambiar mi idea de paraíso. Poco a poco todo se volvió acogedor, y fui descubriendo que podía sostener objetos sólidos, pero estos no duraban en mi mano más de tres segundos. Podía traspasar a la gente, y observar sus pecados más atractivos; entonces comprendí que en este mundo el pecado nos recuerda que existe la luz. Después de ese gran descubrimiento ocurrió algo estremecedor: luego de tanto tiempo fui escuchado.

Entonces comprendí mi misión en esta vida: comprendí que tenía que volver locos a los cuerdos, y ellos seguirían todas mis órdenes al pie de la letra. Poco a poco mi nombre se



comenzó a escuchar por las calles “BELCALM”. Mientras más pronunciaban mi nombre más gente podía escucharme. Después de tanto tiempo de estar famélico todo se volvió atractivo.

Pero ocurrió algo totalmente inesperado. Ahí, entre toda esa multitud de gente, vi la cosa más primorosa que pudo haber existido. Por primera vez, comenzó a latir en mí ese órgano al cual le llaman corazón.

Comprendí, entonces, en qué me había convertido: me había corrompido, y no quería corromperla a ella: por primera vez, me alejé, me alejé de todo. Y volví a ser ese ser tan insignificante, que no podía ser escuchado y me envolví en mi prisión de silencio. Pero lo más sorprendente es que no me sentí triste. Con tal de ver sonreír a mi ángel, dejé de ser el monstruo que alguna vez fui. Y todo por amor.

Citlalli Alessandra Martínez Belmares

La rondadora

Esto pasó hace tiempo. Estaba en preparatoria; era mi segundo año y un tiempo en el que realmente nada me importaba. Recuerdo que vivía en un pequeño pueblo al norte del país y hacía frío en cualquier época del año.

Mi rutina diaria era levantarme todas las mañanas, desayunar, preparar todas las cosas que necesitaba para ese día, llegar a la parada del bus, entrar a todas las clases, platicar con mis mejores amigos Erick y Johan, salir de la preparatoria y regresar a casa. Realmente ninguno de los días era interesante. Sentía que mi vida estaba en un punto delicado: rutina una y otra vez. Todo cambió cuando llegó nuestra nueva compañera. Acababa de llegar al pueblo. Tenía cabello largo, piel pálida y los ojos muy negros... yo creo que tenía descendencia asiática o eso quería pensar...

Ese día solo recuerdo que se presentó súper educada hacia toda nuestra clase:

–Buenas tardes. Mi nombre es Kim-Sunhee. Un placer conocerlos.

–Muy bien, –saludó la maestra–. Espero que todos seamos buenos con nuestra nueva compañera. Puedes sentarte en el asiento de atrás.

–Gracias. –respondió la chica nueva, mientras caminaba hacia el asiento.

Por suerte o desgracia el asiento de atrás era el de mi lado. Todos miraban para atrás especialmente Erick y Johan. Sus rostros eran más que evidentes: les gustaba la chica nueva. Parecía que las pocas palabras que dijo en su presentación las había estudiado antes porque después de eso no parecía que hubiera aprendido el idioma muy bien. La mayoría de los compañeros de clase fueron a “platicar” y hablaban todos juntos hasta el punto que



ella no sabía a quién responder primero. Yo, como la persona calmada y seria que siempre soy, me mantuve en mi lugar; no me interesaba saber sobre ella o su vida o por qué estaría en un lugar como este.

– ¡Chicos! –La maestra llamó nuestra atención–. Estamos a punto de empezar la clase. Vayan a sus asientos.

No recuerdo que pasó durante la clase; seguramente nada interesante. Al finalizar pasó lo mismo: todos se abalanzaron sobre la compañera. Los principales fueron Erick y Johan. Durante todo el día no se despegaron de ella y nunca lo hicieron. Pasó un tiempo y la nueva estudiante extranjera perdió fama, excepto para mis amigos y para mí porque Sunhee se había convertido en una más de nuestro grupito. Éramos como los tres mosqueteros pero en este caso eran cuatro y uno era mujer. Nuestra amistad llegó al punto en que Sunhee nos invitó a su casa y fuimos, “solo” para no ser descortesos.

El camino no fue de lo más agradable. Los árboles era muy gruesos y muchos eran iguales; fácilmente, cualquier persona podría perderse. Tardamos dos horas para llegar a la casa. Tocamos el timbre y esperamos a que nos abriera. Mientras ella llegaba a la puerta, Erick preguntó:

– ¿Soy yo o la casa de SunHee está en la nada?

– ¿Qué? No...solo es una casa nueva, es un pueblo pequeño y no hay muchas todavía. –Mi respuesta sonó tranquila.

–Entonces, ¿por qué comprar una casa en un bosque, si hay departamentos en el centro del pueblo?

La conversación nos dejó nerviosos. SunnHee abrió la puerta. Nos saludamos y entramos. Al cruzar el umbral, el frío era fuerte, mucho más que afuera. Todos fuimos directamente a la sala y ahí había muchos cuadros. Las imágenes que tenía no eran bonitas sino muy incómodas de ver. Recuerdo que eran retratos de personas con rostros extraños; parecía que sus ojos veían tu alma: eran profundos y parecían reales. Si ya estaba nervioso con la casa, esto aumentó los nervios. La verdad, yo no quería estar ahí. Era horrible. Al final no soporté un minuto más y decidí irme. Me despedí de mis amigos y de SunHee. Demoré tres horas en llegar a mi hogar. Crucé la puerta y no me detuve hasta llegar a la cama.

Al acostarme estuve pensando mucho tiempo... ¿Qué habrá pasado?, ¿qué estarán haciendo?, ¿estarán bien Johan y Erick? Entre pensamiento y pensamiento me quedé dormido. Al día siguiente fui a la escuela y en mi mente estaban las mismas preguntas. Hice mi rutina diaria y llegué a la preparatoria. En la primera clase no estaban ni Erick, ni Johan tampoco Sunhee. No volvieron...varios días después tomé la decisión de regresar a la casa



de ella ya que nadie tenía ni siquiera una pista sobre qué había pasado. Cuando llegué a su casa y entré a su sala nuevamente, me di cuenta de que esa chica nueva vivía sola. No existían sus padres, ¿cómo hizo para entrar a la escuela? Quién sabe... pero una cosa sí, era segura: ella o “eso” no era humano porque los cuadros que estaban en su casa, eran personas ¡todavía vivas! En su sala encontré dos retratos nuevos, uno de Johan y el otro de Erick, ¡jamás supe cómo sacarlos de esos cuadros! Lo único que se me ocurrió fue ir a la policía. Les conté todo lo que había pasado... hasta el día de hoy, en que tengo 37 años nunca supe cómo sacarlos de ahí ... A Sunhee jamás la volvimos a ver.

Josabad Zurizadai Campuzano Saldaña

El monstruo que más odiamos

Hablamos de que no hay peor monstruo que Frankenstein, pero ¿en realidad crees eso? Que no hay ser más horroroso que aquel que tiene tres cabezas, cuatro pies, un ojo, incluso el que cuenta con una estatura enorme, y ¿qué tal nosotros?

Nos convertimos en lo que la mayoría de las personas odia, somos nosotros mismos objeto de inspiración pero las emociones de monstruos ficticios, ¿qué necesidad la nuestra de perjudicar al prójimo? Realizamos muy poco contra las personas que terminamos perjudicando bastante en los trayectos de su vida, pues no hay peor atrocidad que nuestros hechos.

No hay necesidad alguna de viajar al inframundo incluso al final del mundo, cuando el monstruo más temible se da a la tarea de estar frente a nosotros reflejado en un espejo y tiene un día no muy diferente al nuestro: un ser normal de lo más normal pero con mentalidad anormal.

La personalidad de uno mismo habla más que mil palabras, comenta tus virtudes y grandezas, sabe cómo abrir puertas y al mismo tiempo cerrarlas. Somos protagonistas y directores de nuestro mismo cuento, elegimos nuestro elenco, pero no siempre tomamos las decisiones con asertividad. Habrá algo en lo que nos falle por no dejarnos guiar por la imagen. Saber y conocer a nuestro elenco es una de las virtudes más grandes que uno como director tiene.

Mientras tanto no se ha conocido persona que siempre esté feliz, que nunca haya parado de hacerlo, pues todos tenemos días buenos, días malos... un día en el que nos felicitamos, al siguiente día solamente somos un estorbo más. Cambiemos la negatividad; no se gana mucho con mantenernos en ese estado de ánimo; pierdes más de lo que ganas. Saca ese monstruo que llevas dentro de ti, desaloja lo peor de ti, ciérrale las puertas a las malas acciones.



Enfrenta al mundo con tu temible capacidad de sobresalir ante todos, engancha en tus horrorosas garras a tus seres queridos para que nunca se vayan, devora esas actitudes que solo causan un mal rato y sobre todo protege ese castillo encantado, que se hace llamar hogar. Sé el monstruo que muchos quisieran ser.

Jesús Salvador Chocoteco Ramos

Una muerte, una vida, pero yo tengo dos de cada una

Eran las ocho de la noche cuando cruzaba el baldío frente a la sociedad de arte en la que trabajaba. Tenía varios planes con la chica que me esperaba en casa. Sería una velada bastante romántica según yo lo tenía planeado, pero un olor intenso, de esos que te provocan náuseas, invadió mis sentidos. “La curiosidad mató al gato”, aunque en este caso fue esta la que lo devolvió a la vida.

En la acera estaba el cadáver de un gato. Era como si hubiera reventado de adentro hacia afuera. Me di media vuelta y crucé la calle sin mirar a los lados, solo centrado en lo asqueroso de ese gato. De repente un auto a gran velocidad rompe mis piernas. Quedé por debajo de este; estaba desorientado, aturdido. Me invadía el dolor en la parte baja de mi abdomen pero no podía gritar ni moverme. El conductor bajó de su vehículo, me tocó la garganta unos segundos para verificar mi pulso, o eso creía yo... de repente, sus largas y huesudas manos me rasgan la garganta para luego mordirme con fuerza. Mi cuerpo sin vida sería un obstáculo en su vida de modo que me llevó en su auto. Extrañamente aún conservaba la conciencia pero el dolor iba disminuyendo lo cual me parecía increíble aunque no pude mantenerme despierto más tiempo porque desperté en una caja larga y adornada con dibujos de murciélagos.

Era una morgue, al parecer abandonada. Tomé rumbo hacia mi casa donde mi novia me recibió con sorpresa y miedo a partes iguales. Según me dijo, había desaparecido cinco años atrás. Aunque era extraño eso, me limité a entrar a casa, tomar una ducha y relajarme en mi sillón favorito, hasta que escuché una llamada a la policía de mi novia.

Un rojo intenso invadió mi vista. Solo veía rojo y más rojo. Cuando me di cuenta, mi amor estaba abierta de la ingle hacia la cabeza, sus entrañas estaban en mis manos y boca cuando recobré el sentido. Han pasado ya varias semanas y alguien toca a la puerta. Bueno... creo que es hora de más comida para mí.

Jazmin Vargas Ramos



¿Por qué no estás enojado?

- Caían y caían frases cortas y frases largas, ¿que tú crees? Eres de los que gritan o de los que se espantan, jajá. –Ayúdeme, me está siguiendo, está detrás de mí, o quizás en frente de ti, no lo sé, yo estoy muerto. – ¡Cállate! ¿Que no sabes que él es el siguiente? – ¿Por qué no estás enojado? Con una respiración agitada, Dany se levanta.

– ¡¿Las cuatro de la mañana?! Creo que así nunca podré dormir. Siempre sueño lo mismo una y otra vez. Dany salió de casa a la ciudad con ganas de tomar aire fresco y dio con una pequeña tienda aún abierta, pero había algo raro en ella; dada la época, era el año 2012, toda esa madera rústica la hacía verse lúgubre. Nunca antes había visto esa tienda en la ciudad, pero bueno, como tenía hambre y ganas de fumar no le dio más que estacionar su moto y entrar a la tienda.

–Buenas noches, ¿tendrá cigarrillos que me venda?

–Claro, Dany, con gusto. Esto para Dany fue algo desconcertante. Él no conocía a aquel señor, pero lo más extraño para él fue que entró una niña pequeña de aproximadamente seis años de edad.

–Disculpe señor, ¿me podría vender dos velas y unos fósforos? –dijo ella.

–aquí los tienes, son quince pesos. La niña salió corriendo. Fue muy extraño para Dany; parece que para el señor, no.

–Bueno, joven, aquí están sus cigarrillos. –Gracias, también me llevaré esa pierna de puerco que tiene en el refrigerador. Cuando Dany se dirigió a su motocicleta ahí estaba la niña. Se le quedó viendo un momento y cuando Dany iba a dar un paso, ella dijo:

– ¿Por qué no estás enojado? Dany ya había escuchado eso antes... no recordaba dónde, pero lo había escuchado, de repente perdió de vista a la niña. –

–Esta sí ha sido una noche de lo más rara –se dijo Dany.

Dany regresó a casa, puso la moto fuera y miró su reloj ¡eran las tres de la mañana! Habló en voz alta: Yo salí de la casa a las cuatro de la mañana, esto no puede ser posible. Dany se estresó mucho así que decidió encender un cigarrillo. Entonces la puerta de su casa se abrió. Dany se estremeció pues vivía solo. Pensó que había sido un ladrón pero eso era algo ilógico pues vivía en medio del bosque. Apagó el cigarrillo con la planta de su bota y entró. Empezó a buscar por toda la casa al responsable de que su puerta se haya abierto y no encontró nada, de modo que decidió cerrar bien la puerta de su casa e intentar dormir un poco. Cuando por fin logró conciliar el sueño escuchó que una pequeña voz le decía a su oído: ¿Por qué no estás enojado?

Despertó del susto. De la cocina escuchó un sonido como si un gato estuviera husmeando en la basura. Bajó cuidadosamente las escaleras y al llegar a la cocina encendió la luz y no vio nada. Justo detrás de él, la misma voz: –¿Por qué no estás enojado? Dany sintió que un frío recorría todo su cuerpo y poco a poco volteó a mirar. Quedó en shock. Era la



pequeña niña que había visto en la ciudad. ¡Imposible! Había recorrido varios kilómetros hasta su casa. La niña no pudo haber llegado sola. Dany se quedó mirando a la niña fijamente a los ojos y ella dijo: – ¡Ayuda! –con voz baja apenas audible. De las sombras algo tomó a la niña y se podía escuchar cómo la tragaba. Sin duda, ese algo era más grande y más tenebroso que la niña desconocida. Con una fuerza descomunal saltó de entre las sombras y tiró a Dany con un golpe seco. Cuando Dany volvió en sí y vio lo que lo había golpeado, no podía creerlo. Era un ser pseudo-humano; a simple vista se podría confundir con un hombre pero tenía la cara de un búho aunque más grande y peludo. En vez de manos tenía garras afiladas; estaba en cuclillas como esperando atacar. Dany se echó para atrás y cayó de espaldas sorprendido de lo que estaba viendo. La misma voz infantil: –Deberías estar enojado, ahora te toca a ti. –Esas palabras, esas palabras yo las he escuchado, las escuché en mis sueños. – se dijo Dany.

El monstruo reía sarcásticamente y empezó a girar la cabeza como lo hacen los búhos mostrando la parte detrás de su cabeza. No lo podía creer. Esto sí que era un sueño. La cara detrás del búho era su misma cara. Quedó perplejo. Muerto de miedo. No sabía qué hacer. Corrió por el largo pasillo a su cuarto en el que se encerró. Buscando entre sus cosas encontró una vieja hacha. Escucho que el monstruo se acercaba pues hacía mucho ruido al caminar de repente la puerta se desprendió de donde estaba, Dany se encontraba a un lado de la puerta esperando atacar con el hacha, cuando se asomó un poco el monstruo le dio con el hacha en la cabeza y se fue corriendo a la cocina a buscar otra cosa con la cual defenderse. Pasaron varios minutos y no escuchaba nada del monstruo de repente escucho quejidos de dolor, y un poco de llanto como proviniendo de una mujer, Dany se extrañó y fue a ver qué es lo que era. Dany paso de un estado de miedo a un estado de sufrimiento y pérdida, era su novia, le había dado en la cabeza con el hacha a su novia. Como pudo subió a su novia la motocicleta y se dirigió a la ciudad para llevarla a un hospital, llegando al hospital las enfermeras lo vieron y se llevaron en una camilla a su novia pero no lo dejaron ir con ellas. –¿Por qué me está pasando esto a mí?–se preguntó. Cuando miró el reloj del hospital era la una de la mañana. Esto no tenía sentido para él, era demasiado. Corrió en busca de su novia y al entrar encontró a las dos enfermeras, pero cuando las vio a la cara no tenían boca y estaban sangrando por los ojos y el doctor era el monstruo que estaba en su casa. Dany no lo soportó más: se dirigió a lo más alto del hospital y se arrojó.

Marco Antonio Reyes Carrillo

Soberano de una promesa

Toda mi vida transcurrió sin pena ni gloria en las calles de Quebec hasta que a los 14 años fue la última vez que vi a mis 3 hermanos: ella de tres y los dos gemelos de cuatro años,



durante un festival de primavera celebrado en un bosque cercano mientras me encontraba buscando comida para ellos.

–Siéntese en este tronco que ya vengo ¿Qué quiere cada uno?- pregunté mientras cerraba la cremallera de sus abrigos.

–Nosotros queremos carne y una coca cola –dijo uno de los gemelos mientras se balanceaba hacia atrás y adelante sobre el tronco.

–Que”o du”ce-dijo la pequeña mientras la subía al tronco. –No se muevan entonces o no vuelvo a llevarlos a ningún lado.

Solo me alejé durante tres minutos pero cuando volví había mucha gente alrededor, además de algunos policías –¿Qué pasó? –pregunté asustado.

–Dicen que un animal atacó a unos niños pero...- el hombre no terminó la frase cuando solté las charolas de cartón y atravesé violentamente la turba de gente. Algo dentro de mí hubiera querido no haber visto lo que había allí.

–No, ellos no... –lloriqueaba mientras apretaba mis puños contra las mantas blancas de la escena del crimen, algunos oficiales me apartaron mientras vociferaba y contoneaba cegado por el dolor. Inmediatamente la gente comenzó a correr y a gritar en todas direcciones. No sabía qué estaba pasando cuando de pronto me cubrieron la cabeza con un saco, me inmovilizaron y me llevaron al interior de una camioneta. Cuando esta se detuvo me llevaron por un camino boscoso, me quitaron el saco de la cabeza frente a una estatua de un humano con cabeza de carnero sentado sobre una piedra con un agujero parecida a una madriguera.

Casi al instante intenté correr pero me lo impidieron amenazándome con un extraño cuchillo de color ónix. Me tiraron al piso, me apuñalaron en la rodilla derecha y con un movimiento rápido me la destrozaron totalmente haciendo que esta escurriera para el interior de la madriguera. Después empezaron a cantar himnos extraños mientras cada uno se cortaba la garganta. De repente, en el terroso suelo se marcaban círculos alrededor de mí a partir de la sangre de los cultistas. Tenía miedo pero nada me importaba, si mis hermanos ya no están aquí no tenía muchas ganas de seguir en esta tierra.

En el momento que la sangre chorreada en el piso comenzó a tornarse de color negro con un carmesí muy brillante, y se movía hacia mí como un virus hacia las células sanas, intenté arrastrarme como pude fuera de aquel círculo pegajoso y desagradable, pero esa masa sanguinolenta me logró tomar de una pierna y lentamente me comenzó a arrastrar hasta la madriguera. Era demasiado fuerte. Mis esfuerzos por liberarme fueron inútiles. Caí por el agujero unos metros hasta un río de la misma sustancia. Aún hoy no tengo claro qué era esa cosa ni por qué me llevaron a ese sitio. Lo que sí recuerdo fue ese espesor, ardor, dolor y la impotencia de ser arrastrado. Al día siguiente desperté en el hospital. Un pescador me encontró en un lago y llamó a la policía la cual también estaba en la habitación cuando desperté.



Se me acusaba del asesinato y cuando saliera del hospital iría a prisión. Las quemaduras por todo mi cuerpo y el trauma psicológico eran eclipsados por la ira y la culpa. La sangre me hervía al compás de la dulce y delicada voz en mi cabeza.

–Rey de la vida, maestro de la muerte, errante de nifhlheim, tu vida y tu muerte no existen. Te doy el poder sobre lo que se jura. Atiende a mí llamar y realiza tu voluntad en mi nombre conquista este mundo en el nombre de tus caídos –. Mis huesos tronaban, mi sangre salía Por todo mi cuerpo en forma de apéndices largos y tentaculosos. Lo que salió de esa habitación era abominable. Los oficiales del pasillo comenzaron a disparar y con un movimiento rápido los despedacé a todo. Así continué por todo el hospital hasta la salida en donde ya había muchos autos patrulla con el ejército. Sus disparos no hacían nada en mi cuerpo que se regeneraba casi al instante; los muchos apéndices coagulados en mí cortaban, aplastaban o explotaban los cuerpos de los presentes hasta aniquilarlos completamente.

Caí de rodillas con llanto en los ojos cuando escuché a varios convoyes del ejército en rumbo hacia mí. La ira me llenó otra vez mientras rugía:

–¡Noo puedoo salvarloos!

Miguel Ángel Aranda Montes

Speculum

Esta historia comienza cuando salí de la preparatoria. Había aborrecido tanto esa etapa que me encontraba en un estado de inmensa felicidad por la culminación del último ciclo escolar. Cerré mis redes sociales, vendí mi celular y decidí aventurarme al mundo de los adultos, pues tenía poco de haber alcanzado la mayoría de edad. Buscaba adrenalina, algo que realmente me excitara y me hiciera sentir el flujo de sangre caliente recorrer mi cuerpo: Buscaba demostrarme que ya era una adulta, sin tener la más mínima idea de lo que me esperaba.

Les mentí a mis padres diciendo que me iría de campamento con mis amigas. Preparé una mochila, tomé un camión y llegué a las afueras de la ciudad; ahí empezó mi aventura, la que tanto estaba esperando para tener algo que contar.

Un hombre como de unos 40 años pasó en su auto y le hice una seña con mi mano. Él se detuvo y preguntó “¿A dónde vas?”, “A donde sea” respondí. Me hizo una señal con su cuerpo, dándome a entender que me subiera al vehículo. Abordé aquel auto rojo y empezamos a charlar: era un hombre divertido, culto, le gustaba viajar en sus tiempos libres, estaba de vacaciones del trabajo y se dirigía en busca de una aventura, algo emocionante y diferente. En cuestión de tres horas sentí que lo conocía de hacía años. En un momento, se orilló y se dirigió a mí. Estaba helada, sentí mi sangre pesada. Él sonrió y



me dijo: “¿Quieres acompañarme en mi viaje? Verás, soy un hombre solo y anhelo compartir mis viajes con alguien. Tocó mi rostro suavemente y me dijo “no tengas miedo, si me dices que no, te dejo en la primera parada de bus que veamos. Si me dices que sí, prometo darte el mejor viaje de tu vida, todo esto por quince días, pues debo regresar”. Me tranquilicé un poco y accedí. Encendió el auto, puso música de los 90’s y comenzó a cantar. Llegamos a unas hermosas cascadas en donde había reservado una cabaña. Pasaban los días y me hablaba de amor: era tan inteligente que me deslumbró. Al día 12, sin pensarlo mucho, me entregué completamente a él.

Nunca me había sentido bonita y que alguien se fijara en mí era algo increíble. Rasguñé su espalda, mi corazón se quería salir de mi pecho, se montó encima de mí y sin darme oportunidad de respirar, exhaló. Los cinco minutos más extraños de mi vida: se paró sin decir nada, me quedé ahí en shock, esperando un beso en la mejilla, una palabra de amor, pero no, sentí que una enorme tristeza invadía mi cuerpo y se reflejaba en llanto. Abracé fuertemente la almohada y lo miré, me lanzó una mirada fría y me interrogó: “¿ya vas a dejar de llorar?”. Los tres días restantes fueron una especie de masoquismo. De día era el hombre más cariñoso y comprensivo, pero al caer la noche un demonio poseía su cuerpo y me tomaba como un león toma a su presa. El día 15 cumplió su palabra: me dejó exactamente en el mismo lugar donde me encontró. No dijo más, me dejó y no lo volví a ver. Me destrozó el corazón, me desgarró el alma, me mató pero no tuvo la valentía de hacer que mi corazón dejase de latir. Me hizo sentir poca cosa, como si fuera un pañuelo desechable. Regresé a casa. Mi madre me recibió con un caluroso abrazo pero la aparte de mí y me encerré a mi cuarto. Fue desde entonces que los extraños sucesos empezaron a ocurrir. Esa noche oí rasguños en la parte inferior de mi cama. Me asomé pensando que había una rata, pero no había nada. Estaba tan triste que el sueño volvió a mí rápidamente.

No quería salir de mi cuarto, no me atrevía a verles los ojos a mis padres. Ese hombre me había robado todo: mi alma, mi ilusión, mis deseos; elevó mi autoestima y la dejó caer sin ningún remordimiento. Me sentí pisoteada. No hacía nada más que torturarme mentalmente hasta que el sueño llegara.

Todos los días a las tres de la mañana escuchaba ruidos: cosas de mi habitación se movían, sacudían mi cama. Pero un día en especial, un dolor espantoso me despertó; me ardía la espalda, me toqué y sentí un enorme rasguño. No quise verme al espejo (evito a toda costa ver el espejo de mi ropero, de hecho, lo tengo tapado con una sábana, así evito incluso verme al pasar). Al día siguiente salí de mi recámara y me dirigí con mi madre, le enseñé mi espalda y escandalizada me preguntó que qué había ocurrido. Sin obtener una respuesta, me curó. Esa noche se quedó a mi lado hasta al amanecer. Por fin, descansé.



La noche siguiente todo marchaba bien, hasta que comencé a oír unos pasos como de pezuñas que rasgaban mi piso de madera. Abrí los ojos y la vi. Una mujer de complexión delgada, altura normal, de huesos deformes, sus oídos y su nariz se desprendían de su cuerpo al igual que su piel. Al verme corrió rápidamente y entró en el espejo. Entré en pánico; creí que me estaba volviendo loca por no tener contacto humano, que todo era producto de mi imaginación. Prendí la luz, tomé una libreta y escribí lo que vi. No pude volver a dormir. Investigué en internet acerca de monstruos, vi sus características. Eso, eso que vivía en mi recámara era un monstruo. Era algo horrendo, algo que me robaba el sueño todos los días, se alimentaba de mi tristeza, se burlaba de mí, pues sabía que no me atrevería a seguirla hasta el espejo. A la noche siguiente me quedé en vela esperando su aparición, dispuesta a enfrentar a esa cosa. Tres de la mañana. Infaliblemente salió del espejo y atravesó la sabana. Le grité ¿Qué quieres de mí? ¿Qué buscas? ¿Acaso te ha mandado aquel hombre? Responde ¿quién eres? Me dejó apreciarla más tiempo. Observé su horrible anatomía y volvió de donde salió, sin decir nada, sin hacer ninguna expresión. Sentí un enorme vacío.

Al día siguiente cuando desperté, pensé que todo había sido un sueño. Tomé mi libreta para escribir lo que había ocurrido. Pero al abrir mi libreta hallé una nota: “hoy me conocerás”. Estuve intranquila todo el día. Las horas se me hacían eternas hasta que por fin dieron las tres de la mañana. La sábana de mi espejo se empezó a mover, me paré de un salto de la cama, decidida a enfrentar lo que había debajo de la sábana. La tiré de un golpe. Ahí estaba, frente a mí, viéndome fijamente, la reconocí al instante, la conocía a la perfección... era mi reflejo.

Azucena Brand Galindo

El sujeto 579

Lost Island era el lugar perfecto para montar los laboratorios de Dédalo, una empresa dedicada al desarrollo de armas. La crueldad de sus científicos no tenía límites. Estaban obsesionados con crear un arma que pudieran controlar y que pasara desapercibida. Pusieron en marcha a un ambicioso proyecto: crear un hombre que fuera capaz de cambiar su forma física y sus habilidades en cualquier momento. Para llegar a su objetivo hicieron pruebas con personas a quienes secuestraban en las grandes ciudades y las llevaban a Lost Island. Para llegar a la isla era necesario navegar cuatro días.

Los experimentos iban mejorando cada vez más, pero cuando había alguna falla y los sujetos de prueba no morían se les aislaba en celdas reforzadas para prevenir cualquier efecto secundario en los sujetos de prueba, y se les denominaba monstruos debido a las atroces deformidades físicas resultado de los experimentos. Cuando morían, simplemente se arrojaba el cuerpo inerte al mar.



Después de más de seis meses de pruebas infructuosas y exactamente 578 sujetos en experimentación, los científicos lograron su objetivo, o eso fue lo que creyeron. Tenían en su poder a un hombre que podía cambiar en forma total. La transformación era muy notoria, ya que de una estatura de 1.65 metros, el sujeto 579 adoptaba una impresionante estatura de 2.30 metros. Adquirió una fuerza descomunal; sus músculos se agrandaron demasiado y sus rasgos faciales parecían los de un animal salvaje, con ojos mucho más grandes de lo normal y una nariz ensanchada, los dientes frontales afilados y unos grandes colmillos como puntas de lanza. Al hacer pruebas de comportamiento descubrieron que no obedecía todas las órdenes de sus creadores: parecía que aún transformado tenía control propio.

Para los científicos era irrelevante si tenían control total o parcial del sujeto 579. Habían logrado un gran avance y en cuanto obtuvieran un mejor resultado en cuanto al control, lo sacrificarían sin dudar.

La realidad para el sujeto 579 no era tan buena como la de los científicos. Día a día recibía palizas de los guardias del complejo. Cuando terminaban de hacer las pruebas necesarias, dos guardias lo escoltaban hasta su miserable celda que sólo contaba con piedras amontonadas a manera de cama y un inodoro que no tenía sistema de drenaje. En ese pequeño cuarto de dos por dos había pasado los últimos dos meses. La hora de la comida era la peor y a la vez la más ansiada, ya que durante el día sólo se le daba una comida que estaba compuesta de los restos de las comidas de los científicos, porque cuando no sobraba nada que tirar a la basura, en las celdas no se comía. Cuando llegaba el guardia con la comida, a los sujetos se les obligaba a salir a un pasillo y peleaban por la comida de los demás. En particular, el sujeto 579, por su baja estatura, era la primera presa, y por esta razón en cuanto le entregaban su pedazo de plástico con comida encima lo devoraba y no le podían arrebatarse más que un pedazo de plástico duro en el que se servía la comida.

Al sujeto 579 se le había obligado a muchas cosas inhumanas y este guardaba un profundo rencor contra los científicos, responsables de las calamidades que vivía día a día desde que despertó en aquella celda.

Una vez, durante una prueba para intentar controlar al sujeto 579, este se dio cuenta de las sobrehumanas capacidades que poseía y también se percató de algo que no se había dado cuenta. Él tenía total control sobre sí mismo. El sujeto 579 vio a los dos guardias distraídos y en un movimiento rápido lanzó a uno de ellos por los aires, haciendo que chocara contra una pared. Tanta fue la fuerza que utilizó que al momento del impacto se escuchó como los huesos de aquel guardia se destrozaron. El segundo guardia volteó para atacar, pero el sujeto le arrancó la cabeza de una mordida. Descuartizó con los dientes a los científicos de todo el complejo, liberando todo el odio que les tenía por haber hecho de él una abominación. Cortó sus cabezas, las ató y las arrastró hasta las celdas de los 'monstruos' a manera de trofeo. Cuando liberó a todos los sujetos, les dijo "ahora volveremos a ser libres".



Después, arrojó las cabezas de los científicos hacia los sujetos: “aquí ya murieron todos los verdaderos monstruos”.

Juan Eduardo Hernández Mora

El monstruo del bosque

Carlos el alpinista profesional que una vez más superaba su miedo llegando hasta la cima de la montaña, llegando hay Carlos lleno de orgullo decide sentarse a observar la altura desde donde estaba sentado, al ver desde la montaña contemplando los alrededores de repente ve una silueta desfigurada. Carlos no pudo dejar de verla además de estar tan solo a unos metros de donde él estaba al contemplar semejante silueta que con el tiempo se acercaba más y más a Carlos, pudo notar que no tenía forma de humano y mucho menos que tenía forma de animal; Al darse cuenta de esto Carlos comenzó a sentir un ligero escalofrío que empezó a recorrer su cuerpo y lo paralizaba por el miedo que le provocaba al verlo.

Al no tener otra salida más que bajar la misma montaña Carlos sabía que eso que tanto le provocaba miedo estaría abajo pero el pensó “Es solo cansancio debido al esfuerzo que me provoco seguir la montaña es solo mi imaginación. “Al momento y sin más comenzó a descender la montaña muy tranquila y sin preocupaciones llego hasta abajo, sin más emprendió su camino a su destino a través del bosque.

Pasaron unos minutos cuando de repente sintió unos pequeños susurros en su oreja. Carlos completamente estremecido y sin encontrar la explicación alguna más que aquella silueta que el mismo contemplo sabía que en el fondo algo no andaba bien, se hecho a correr sin más lleno de miedo, decidió voltear atrás y logro ver a esa criatura que tanto pavor le hizo sentir al verlo pudo observar que aquella silueta con unos ojos que incitaban de separación de color rojo, unos labios partidos que al abrirlos exclamaron lamentos una compleción desmesurada retorcida que partiría de dolor a cualquier persona solo de verla, y un tipo de cabeza abstracta que ni el mismo pudo describir, era imposible resistir semejante aspecto que solo provocaba miedo.

Carlos completamente lleno de miedo recorrió el bosque entero al llevar al río que dividía al bosque y al pueblo más cercano él sabía que para llegar hay tendría que cruzar el puente pero sin más el puente estaría destrozado por unas marcas de garras exageradamente grandes, no tuvo otra opción más que regresar y cruzar el río nadando, llegando a la orilla del río la silueta era completamente un monstruo en forma de monstruo desfigurada que antes se topó lo estaba esperando al inicio del puente el no tuvo otra opción más que saltar



de la mitad del puente hacia el agua, cayendo al río Carlos llegar al pueblo cruzando el río y escapar de ese monstruo.

David Marmolejo Gil

Corazón de monstruo

Estaba allí de noche,
Era hora de partir a casa,
No miraba más que negro.
La lluvia cada vez más recia,
Perpetuaba mi sendero,
Estaba allí de noche;
Presenciando color obscuro.
Desvaneció mi sensatez
Y mis ojos entre pegados,
Con la mirada a medias,
Solo captaron rareza.
Mi rostro había cambiado,
Mis mejillas estaban color grana
Y mi cara deformada.
No hacían más que temerme,
Presenciaban mi desdicha.
Quitando el vendaje entre dedos,
Todos me llamaban monstruo,
Aludían y señalaban mi desgracia.
Era todo un endriago,
Con el aspecto deforme.

Avergonzado de mi esperpento,
Me dispuse a demostrar lo contrario;
Mi corazón no era de tal quimera,
Ni mucho menos mi alma huraña,
Ni un engendro pensaba en mi mente.
Las desgracias verdaderas,
Son presenciadas en otras partes
Y la maldad abunda en otros parajes.
Mis actos no son ruines,
Ni mis intenciones adefesios.



Llenándome la boca de certeza,
Puedo ovacionar francamente:
Que mi corazón no es de tal monstruo.

Justino García Plascencia

